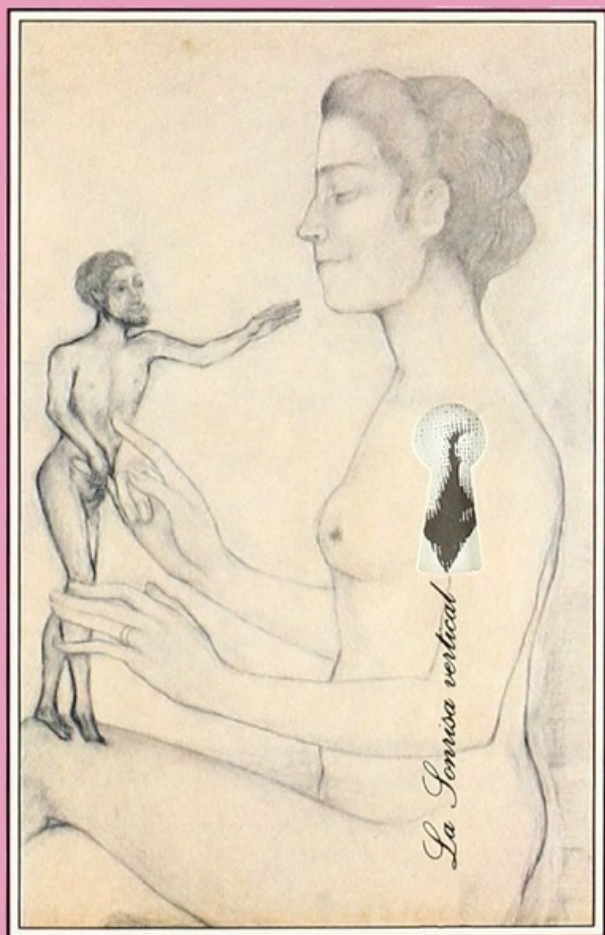


Kurt K.
Kurt

Edición e introducción de Pedro de Silva



En cien encuentros amorosos regidos por el sexo, reina Ella, la Mujer, a la vez múltiple y única, seductora, desconcertante, creadora, sumisa, guerrera, enigmática o reveladora, pero siempre, a todas luces, carnalmente real. Kurt, a su vez, goza, observa, y lo comenta con otros.



Pedro de Silva

Kurt

La sonrisa vertical 106

ePub r1.0

ugesan64 20.03.14

Título original: *Kurt*
Pedro de Silva, 1998

Editor digital: ugesan64
ePub base r1.0



Una explicación obligada

No sé bien cuándo conocí a Kurt. Apareció en mi vida de pronto, pero sin brusquedad; no fue nada semejante a una irrupción, a esa condición súbita que algunos atribuyen al demonio. De pronto me di cuenta de que estaba ahí, tal vez llevaba mucho tiempo al lado, observándome, aguardando el momento en que levantara los ojos y lo viera.

Apareció con su nombre, o, más bien, fue su nombre lo que apareció. ¿Por qué Kurt se llama Kurt? Tampoco lo sé, y nunca he sentido siquiera la necesidad de hacerme esa pregunta; la hago ahora por primera vez, cuando hay gente que puede interesarse. Era evidente para mí que Kurt era el único nombre posible, que Kurt era él, y, al principio, insisto, él no era más que una palabra. Pero tampoco menos.

¿Es Kurt un personaje o un autor? Terrible dilema, para quien sienta la necesidad de plantearlo. Yo no la tengo. Es como la diferencia entre cuerpo y alma, fondo y forma, o, si me apuran, cielo e infierno. Mínima cartografía para entendernos, o al menos para intercambiar mensajes, porque entender, lo que se dice entender, consiste precisamente en perder de vista esas referencias. Son medidas sanitarias: a un tiempo sociales, para preservar el orden, e individuales, para estar en orden, en cordura. Social e individual son, por cierto, agentes de la misma fuerza de orden público de que vengo

hablando.

¿Es el autor al mismo tiempo un personaje? Todo autor lo es; cuando de alguien se puede decir que es «autor», ya es un personaje, algo más que una persona, un perfil que se despegas de su cara y empieza a gozar de vida propia.

Por eso el destino final del personaje es disponer de un perfil para la eternidad, fuera de la corrupción del tiempo. Un personaje se hace retrato, busto, estatua y, en algún caso excepcional, billete, sello, moneda.

La vocación de todo autor es reproducirse. Es más, si es autor es, precisamente, porque se reproduce; antes de lograrlo no lo es. De ahí que el nacimiento del personaje-autor y de los personajes del autor tengan lugar al mismo tiempo. Cuanto más le crecen al autor sus personajes, en consistencia y en atención de la gente, más personaje se hace él, más se va despegando de su cara el perfil.

La historia disponible del mundo es así. Bien porque hayamos creado a Dios a nuestra imagen y semejanza, o porque lo haya hecho él con nosotros, no hay otro juego que ese, y el arte en cualquiera de sus formas es ese mismo juego, jugado con virtuosismo, es decir, sin realidad.

Pero volvamos al asunto. Kurt apareció, o siempre estuvo ahí y se hizo presente, da igual. Empezó a moverse con autonomía, como Pedro por su casa, nunca mejor dicho, mirando debajo de los muebles, espiando a los vecinos por la ventana, hurgando en los cajones, incluso arrancando el papel de la pared y el tillado de madera de los suelos. Siempre lo vi como algo propio y a la vez ajeno. Esas cosas las entienden sólo las mujeres que han estado embarazadas y los que han llevado dentro un tiempo un ángel o un

demonio.

¿Quién ha escrito Kurt?, ¿quién es Kurt K.? Sería muy fácil para mí decir que he sido yo, pues no hay nadie más que pueda levantar la mano y abrir la boca para hacerlo. Si conviene a la editorial, lo digo; queda dicho ya. Pero hay que desconfiar siempre de las cosas sencillas, tanto como de las complicadas. Las cosas son lo que son, y volverlas más simples o más complejas es cambiarlas de ser.

Para mí, Kurt es Kurt, y Kurt K. es su otro, el que ha escrito de él. ¿Quiénes o qué son uno y otro para mí? Me gustaría más bien saber quién soy yo para ellos. No es algo que tampoco tenga gran importancia, dejémoslo estar, no es distinto de lo que le pasa a cada uno en sus adentros y sus afueras. La piel es un asunto demasiado fino y convencional como para emplear la vida en ser su guardia de fronteras o, según los gustos, su contrabandista. Si escribo este prólogo es sólo porque no resulta usual que coincidan el nombre del personaje y el del autor, y que este, al propio tiempo, no figure en los registros públicos. alguna explicación había de dar.

Pedro de Silva

Kurt

1

Prólogo moral

Kurt le explica a un amigo que la impráctica del sexo, o la aplicación de limitaciones de cualquier clase a esa práctica, es una ofensa a Dios.

—Nos ha echado al mundo sin saber qué hacemos en él. La mayor parte del tiempo la ocupamos en el trabajo y en atender enfermedades, disgustos, conflictos de toda clase, propios o ajenos. En ratos libres, en temer a la muerte. Sólo nos ha dado una cosa para compensar tanta desdicha.

—¿El amor?

—No seas tan espiritual (Dios no lo es). Además, esa palabra ha sido siempre como una barandilla, llena de mirones que le tienen miedo al gran agujero. Llamemos a las cosas por su nombre. Sexo, nos ofrece sexo para resguardarnos de las calamidades, y que cada uno le ponga el nombre que sea de su gusto. El instinto que nos lleva a él es un mandato divino para preservar los equilibrios del universo. La pureza es asunto del diablo. Por eso de ella no surgen más que maldad y perversiones. ¿No te has preguntado nunca por qué las sotanas y las togas son siempre negras? No es sólo un luto por la vida. En cambio, cuando te llega y empiezas a deshacerte, ¿qué es lo que

dices?: Dios.

2

La esencia del recato

Hay un tipo de mujeres en las que los labios de la cara, al aproximarse a las comisuras, concluyen bruscamente. No es el caso de la boca redonda, sino de un proyecto frustrado de boca ancha o alargada. El ejemplo más notorio es el de la actriz Silvana Mangano, que hizo furor a fines de los años cincuenta. Kurt se pregunta, tras cruzarse en la calle con una joven que muestra esa característica, cuál es la razón de su atractivo. A Kurt ese rasgo le sugiere una precoz madurez, como de joven madre, y también una pasión intensa pero comedida, que a partir de cierto momento se hace secreta, se cierra sobre sí, y lo hace con buena geometría, sin brusquedad. Son mujeres de dos velocidades, y los que logran entrar en la segunda pueden verse atrapados en una ciénaga en la que luchan sin tregua el pudor y la lujuria, sin que, para felicidad del náufrago, venza jamás una de ellas. Son bocas casi siempre cerradas, y de ellas, cuando se entra, no hay forma de salir. Si se abren para besar, es que la pasión ha arrollado ya todas las defensas.

3

Celo justiciero

Los celos, para Kurt, no necesitan mucho fundamento. Su fertilidad fabuladora es infinita e inagotable. A partir de esta construye, sin que se lo mande nadie, ni él mismo quiera, abigarradas historias de pasión y traiciones a propósito del ser amado, sin un solo indicio en que basarlas. En un momento de sinceridad, apabullado por la obsesión, y revolviéndose frente a ella, se pregunta si en realidad desea que las historias lleguen a ocurrir, y es el deseo, y no el miedo, el que las alimenta. Frente a los celos, que en el fondo sabe que son infundados, Kurt reacciona siempre igual: con la infidelidad, y, a ser posible, con una infidelidad nueva. Al regreso, cuando encuentra a la mujer que en verdad ama, sin que en el rostro de ella haya un apunte siquiera de traición, se siente bien, y, recordando el olor del coño de la sustituta, que todavía pasea por su hocico, aún piensa que no sería tan grave prescindir de la que ama. Se comporta con arrogancia, tiene un brillo equívoco en los ojos, y ella entonces desea ser más suya que nunca.

4

El cofre del tesoro

Kurt piensa que una mujer ha perdido irremisiblemente su atractivo cuando se relaja el resorte de cierre de sus piernas: esas mujeres que, en bañador a veces, las abren francamente, como si no hubiera nada que guardar en ellas. No vale la excusa de los muchos partos, o de los ya incontables coitos, ni de la confianza en que otros saberes, a la hora de la verdad más convincentes, hacen banal la compostura. Baste sólo un respeto a la morfología: si es un lugar oculto entre muslos y nalgas, celado por el vello, hundido en la pendiente y condenado a sombra, déjese así. Ese resorte, o muelle de cierre, garantiza el juego previo, y, ya liberado el coño, la presura del pene: he ahí los mensajes. La mujer que abre las piernas sin fundamento, o ha olvidado el sexo, o conoce sus estancias profundas, tanto que desprecia la antesala. Pero Kurt piensa que en la vida social todo lo evidente es una ofensa. Y, además, la imagen de un fleje sin vigor es, aun como metáfora, un mal servicio al sexo del hombre.

5

La lengua ha de ocuparse de él

Algunas cosas sólo disponen de una palabra para expresarlas en plenitud. Esto complica su incorporación a los diversos segmentos en que se manifiesta el lenguaje: vulgar, culto, hablado, escrito, secreto, familiar, público, etc. Ocurre, por ejemplo, con aquello que denominamos con la palabra «cono». No es equiparable a vagina (el interior del cono), ni a vulva (el exterior del cono), ni a pubis (la antesala del cono), ni a sexo (el género del que es especie el cono), e incluso expresiones más complejas, como «órganos genitales femeninos», integran otros elementos (v. g.: las trompas de Falopio, o los ovarios) que no forman parte propia del cono. De otro lado, el coño no describe una mera anatomía, sino un ser animado, con voliciones propias, o, al menos, influencia determinante en la volición agregada del sujeto, del que, en circunstancias, llega a ser portavoz, como la polla en el varón. Esta palabra ha de aflorar de una vez para siempre al lenguaje, en todas sus funciones y empleos (del lenguaje).

6

No

Kurt le pregunta cuáles han sido sus fantasías sexuales en los últimos días. Ella rehúsa hablar del asunto. Pretexta que un sentimiento de pudor no se lo permite. Kurt le pide entonces, tras un breve forcejeo, que ella le diga qué es lo que desea que hagan, antes de hacerlo. Vuelve a mostrarse renuente, pero se acerca a Kurt, sin dejar de apoyar las nalgas en el sofá de enfrente, y luego se tumba hacia atrás. Al fin irrumpe en su boca una respuesta, acompañada de un mohín no demasiado artificial y los ojos muy abiertos: ¡Por el culo no!

Antes no se había hablado de ello. La conversación se reanuda ahí, y ella da razones convencionales para su negativa (estrechez, sequedad, agujero inmundito, etc.). Kurt le dice que al fin sabe lo que quiere, pero necesita vaselina. Ella protesta, pero trae un pequeño bote, sin estrenar, que desenvuelve de un paquetito con aspecto de recién comprado. Confiesa entonces que su fantasía es con dos hombres, uno por cada agujero. Kurt dice que nunca será lo mismo, pero hará lo que pueda. Ella protesta de nuevo, se resiste, grita, antes de que ocurra nada, y lo hace bien colocada boca abajo, sin que nadie la fuerce a ello, ni se lo haya pedido.

Juegos de la memoria

Ella le cuenta deseos y fantasías, después de que Kurt, parando los primeros impulsos, logre dar al encuentro la morosidad precisa. Hablan de amor entre mujeres. Ella recuerda una noche, entre varias amigas y un hombre experto, de los que recurren a artefactos, fetiches y pomadas. En el juego, ella se puso un correaaje con polla artificial, y penetró a una amiga. Explica a Kurt otros juegos realizados esa noche. Pero lo notorio (el resto es un tanto vulgar) es esto: al día siguiente no hablaron entre ellas de lo ocurrido, ni ella lo ha hecho desde entonces con las amigas del grupo, a las que frecuenta. Kurt se pregunta dónde habrá quedado ese recuerdo. ¿Se perderá para siempre, inexpresado, infértil? Más bien, cubierto de musgo y líquenes, bajo otro aspecto, formando ya parte de la biología de su dueña, aflorará una y otra vez bajo distintas formas: un cuerpo insepulto hecho fantasma. Pero Kurt ha de detener su reflexión, porque los ojos de ella le anuncian una voluntad irrevocable, y avanzan sobre él un metro antes que el cuerpo.

8

Plus ultra

Kurt descubre poco a poco que no le basta lo que tiene del cuerpo de ella: superficie, volúmenes, tacto, gusto, olores. Desea entrar en él, y no a través de vías convencionales. Quiere sus vísceras, lo que haya debajo de la piel y la carne: primero el exterior de ellas (que es interior del cuerpo), para después meterse dentro, en la geografía profunda, hecha de filamentos, láminas, vejigas, donde nacen sus reacciones (físicas, químicas, eléctricas) y está el fondo de su alma. Quiere saberla, estar en todos sus secretos, en el origen de sus secreciones, hasta entrar en una célula, y unirse a ella allí. Al pensar en lo que piensa, Kurt sonrío: tal vez lo está haciendo por cuenta de sus espermatozoos, que alguna vez harán uso también del cerebro común. Luego ve que no es así, pues no aspira a un útero, que no deja de ser una bahía en la costa de la mujer, sino a aventurarse tierra adentro, hasta perderse. Kurt se asusta, no sabe si ha llegado a la esencia del amor o al núcleo del crimen, y piensa si no convivirán ambos también en una célula, o la constituirán.

9

Es pronto para saberlo

En el barrido visual inconsciente, mientras pasea, aparece en la pantalla un objeto para el que los sensores piden atención. Se trata de una joven, de buen tamaño y formas, con los requerimientos básicos de una gran hembra. Una más precisa observación revela que es muy joven; lo dice el atuendo —un vestido corto y sin mangas desbordado por el crecimiento—, pero, sobre todo, cierto aspecto general de inconclusión: tobillos anchos, piernas que aguardan el último torneado, caderas que todavía se escurren algo y han de esperar a que las nalgas, poderosas ya, presionen unos grados hacia arriba la estructura, hasta amenazar con rebasarla. Kurt piensa que falta un tiempo para que la vida acabe este hermoso proyecto, que aún puede malograrse si no triunfa en la joven la tenaz voluntad de ser bella y deseada: una fuerza que mueve los mecanismos interiores y que, como una ortopedia, va ajustando día a día la arquitectura al propio modelo de sí misma.

10

El túnel del tiempo

Al cruzarse con la mujer madura, a punto ya de perder sus formas y hacerse máscara, Kurt se siente atraído todavía por ella, y se interroga. La conoció en el esplendor; entonces su belleza discreta, ignorada por otros, era para él evidente: un rostro de sugerencias, hechuras de adolescente y talla de mujer, caderas poderosas, serias, provistas de un movimiento latente, pero ya con costumbre de aquietarse, reservadas no para alguien, para nadie. Ahora está en el borde, toda ella, a punto de perder la coherencia (esa que hace que cada movimiento esté sostenido por los otros). Si Kurt no tuviera la clave antigua de sus rasgos, la que les da sentido, no la vería ya a ella, sino a otra, pues dominan los surcos, la calavera común se insinúa, las pequeñas arrugas le anillan el hocico. Pero Kurt la sigue interpretando como una oxidación de la que fue, apoyándose en vestigios y memoria, y aún la codicia. Si la tuviera, ¿podría descubrir en ella la juventud, no la de sus formas, sino la de su intimidad secreta? ¿Y si, en tal caso, fuera él —después de los que tuvo— el primer hombre que llega a ella, a la que fue?

Consejero sentimental

Kurt había conocido a aquella pareja en momentos difíciles, cansados de vivir juntos y con el amor agotado. Aunque detesta dar consejos, se vio obligado a hacerlo. Pensáis, les dijo, que ya lo sabéis todo el uno del otro, pero os queda mucho por descubrir. Tenéis un territorio acotado, que ya sabéis de memoria, pero hay mucho más fuera de él. Esa búsqueda en vuestras mismas fronteras puede ser una nueva ilusión común. Probad al menos. Pasa el tiempo, Kurt da por supuesto que ya no están juntos y un día los ve en la calle hablando, sonrientes y embelesados ante un tercero. Se trata de un flamante vehículo todo terreno, un cuatro por cuatro recién estrenado. No los interrumpe, pasa al lado disimuladamente, y otro día los ve juntos paseando en el nuevo ser que ha llegado a sus vidas, un punto de encuentro de sus anhelos y goces, el bello fetiche en el que depositar ambos su amor, que se funde ahora en un cuerpo metalizado, brillante, enérgico. Le saludan desde el vehículo, con una sonrisa en la que Kurt lee esto: ¡Qué razón tenías!

Sólo es cuestión de tiempo

La mujer es hermosa sin discusión, está en la larga plenitud de la condición adulta (que debe distinguirse de la plenitud del esplendor, que tiene la vida de un insecto), y no se adivina en su cuerpo por dónde empezará a averiarse la tersura y coherencia. Pero ella coincide, en la parada de autobús, con la que sin duda es su madre. Kurt constata que el culo de esta se ha ido derramando hacia abajo, como si el efecto de la gravedad, actuando sobre materia inconsistente, impusiera una ley inexorable: pierde perímetro la cadera, lo gana la parte alta de los muslos, y el peso de la voluta inferior de las nalgas empieza a ser una cornisa amenazante. Kurt examina entonces con atención a la hija, buscando una arruga en la falda, algo que anuncie un futuro igual, como una leve brisa horas antes de la tormenta, y nada ve. No importa: ambos cuerpos tienen correspondencia, y Kurt ve en la hija el propio pasado de la madre, y a esta tirando de aquella hacia sí, segura de que antes o después dejarán la misma huella en el camino.

Imposible objetividad

Hasta hace muy poco era una niña, un subproducto social que asumía a regañadientes el papel asignado a la edad: ser objeto de reproches, vigilancias, reprimendas, bromas. Pero ha bastado una primavera para que le broten las formas y cambien de pronto los ojos que la miran. Profesores, vecinos, sacerdotes, viandantes, guardias, deslizan el deseo por su cuerpo: sus ojos son lenguas de aire que se enroscan en él, lo escudriñan, husmean sus esquinas y pliegues, penden de sus posturas, unos de forma directa, otros de reojo, con el rabillo, o incluso sin mirarla; da igual, sabe que la ven. Las mujeres fingen no enterarse, como si aún fuera niña-niña, pero hay ya desconfianza en su mirada, un odio pequeño en la voz, un respeto en las manos que acarician su cara. Kurt, al verla por la calle, codiciada por el mundo que ayer no la miraba, dueña ya de un lugar y un territorio, el suyo, obligada a improvisar todas las artes de defensa, pero aún con lenguaje y gustos de niña, rodeada de hombres que querrían olerla y penetrarla, hundirse en ella, señora de un ancho poder que administrar, siente inmensa ternura por su desvalimiento, casi amor. Pero, al pensar esto, descubre que se le ha puesto dura.

La confesión definitiva

Ella le cuenta a Kurt que tenía sólo quince años cuando, a través de la rejilla de madera del confesionario, estaba siendo sometida por el sacerdote a una prolija indagación sobre sus hábitos sexuales. Al cura no le bastaba con que la joven arrodillada ante él, pared de madera por medio, dejara constancia de sus masturbaciones adolescentes; pedía detalles, hora, atuendo, lugar, posturas, modos, pensamientos. De pronto, algo la puso sobre aviso, pensó que aquello no iba bien, se levantó y, sin despedirse, salió de la iglesia. Desde entonces experimenta una invencible repugnancia hacia los curas, y, aunque no descarta que a fin de cuentas Dios exista, no tiene práctica religiosa alguna, ni pisa una iglesia. Supone que aquella fue su primera decisión adulta, y desde tal momento no ha dejado de sentirse mujer ni un solo día de su vida. Kurt le dice que también él le pregunta detalles sobre sus costumbres sexuales, y eso no la repugna. Pero tú eres mi hombre, contesta ella, mirándole de abajo arriba —está arrodillada ante él— con sus ojos transparentes, limpios, plenos, como dos lunas.

La fuerza de los ritos

La divulgación periodística de las costumbres sexuales de Graham Greene (con una de sus amantes, esposa de un aristócrata, recorría las iglesias de Italia fornicando tras el altar) ha provocado en miles de hombres y mujeres una reacción imitativa, hasta el punto de que ya no es fácil recorrer la girola de un templo frecuentado sin tropezar con una nueva experiencia. La propuesta de alguna fórmula imaginativa ha servido incluso como pretexto para que la pusieran en práctica personas que no tenían relación íntima anterior. En el caso de Kurt con su amante, la secuencia, en sus variantes, no fue en cambio premeditada: hacen el amor contra una columna románica, pero, por precaución, Kurt no eyacula dentro de la mujer. Ella recibe en su mano el semen, lo lleva en ella (por puro civismo) con el puño cerrado, lo sacude cerca de una imagen (como un hisopo) y lava la mano (por higiene) en una pila de agua bendita. Después de hacerlo, instintivamente, se persigna.

El deseo siempre es oscuro

En la mañana del domingo Kurt contempla desde el balcón a la joven vecina de una casa próxima. Lleva pijama blanco, bajo el que tiemblan, al moverse junto a la ventana, dos pechos consistentes y del tamaño justo. El espacio entre ellos es un territorio de tacto y de olor que le gustaría explorar. Parece bella, y ha sido razonablemente respetada por la noche: muestra sus huellas, pero sin descomponerla. Kurt querría amarla ahora, tal cual, antes de la ducha, y se imagina historias. Ella se retira de la escena. Kurt busca, desde el balcón, otras secuencias vecinales, y, al volver luego a la ventana de la joven, ve a un hombre en pantalón de pijama, de cuerpo descuidado y aspecto vulgar, que desliza una mano bajo la cintura y se rasca los genitales mientras bosteza. Kurt destruye las historias iniciadas y se dispone a archivar el asunto, con música de ángeles caídos sonando en la cabeza. Pero entonces, inesperadamente, ella vuelve a su mente bajo otra forma, ahora más dura y consistente, como percibe Kurt entre las piernas.

Sutilezas masculinas

En una clásica conversación sobre mujeres, con un buen amigo, desgranando con delectación toda la retórica machista propia del género, llegan a la socorrida metáfora de la caza, la cacería, el cazador. Kurt aprovecha para incorporar alguna idea al acervo recibido por tradición. Explica que en esta modalidad no hay coto vedado, ni especie, y ninguna norma ética impide codiciar a la mujer del amigo, el pariente, el socio, y dar cuenta de ella. El amigo de Kurt asiente, pero no está cómodo. ¿Crees que no hay ningún límite?, pregunta. Sólo las leyes de la caza, responde Kurt. ¿Cuáles son esas leyes? No actuar nunca sobre pieza que no pueda defenderse: el pájaro en la rama, el animal herido, la pieza paralizada por el frío, en día de helada, o con trampas. Esta es una práctica de furtivos, pero no de villanos. No olvides que la cinegética es también una ética, concluye. ¿Y si es ella la que caza?, pregunta a Kurt su amigo. Ella no se plantea estos problemas de reglas, responde Kurt. Por tanto, nunca las infringe. Ella elige pieza y caza.

El eterno retorno

Ve a la mujer a media distancia en un concierto nostálgico de rock. La observa, la identifica, la evoca, la compara con la que fue, analiza a la que es hoy por su acompañante. Construye, sólo por sus trazas, una posible historia: casada, varios hijos, separación tardía, encuentro con otro divorciado culto y sereno, con el que se cree feliz, aunque a veces la inunde un lago de melancolía o aburrimiento. En el agua de este se refleja todavía, como una estrella muerta, el destello de una emoción adolescente, hecha de vértigo y entusiasmo ante la falta de caminos, que los hace posibles todos. Recuerda la tarde, con ella, en que se hizo patente un sentimiento así. Kurt siempre ha alimentado, sin hacer de ello una obsesión, la imagen del reencuentro. En ese momento ella le ve, parece quedar pensativa, mira otra vez, duda, disimula. Kurt piensa en acercarse, pero ¿por qué no demorar algo más el juego y disfrutar todavía de la distancia? Suena Money. Momento de clímax en el concierto. Después ella y su hombre ya no están. Kurt se desespera. Luego urde una cita: será en el próximo concierto aquí, dentro de unos cuantos años. No tiene dudas.

Sólo fue una ayuda

Gracias por subirme a la ola, dice ella. Kurt entonces cae en la cuenta. Ve la ola acercarse a la costa como un poder solemne, creciendo sin perder la trama de sus formas, hasta que una ladera se hace abrupta, luego vertical, después anuncia una cornisa, sin rastro aún de espuma — la piel antigua tensa hasta su límite—, hasta que se dobla sobre sí, rompe y se va precipitando. Es primero cascada, luego tropel de agua, espuma en muchas direcciones pero entre leyes ciertas, torbellino, masa que busca espacio y hace saltar las angosturas, después se extiende como un borde de lava, efervescente y blanca, y se recuesta en una orilla amable. Ahora lo que era fuerza se ha vuelto infinidad de sensaciones; en los confines de las ultimas (más allá está la arena del universo inerte) surgen pequeños orificios, burbujas, grumos, espuma que se apaga. Después la ola regresa a su dominio, y se restituye, en lo que fue orilla, el mundo cierto y yerto. Kurt recuerda la frase: «Gracias por subirme a la ola». Así pues, lo que siguió a la altura a que logró llevarla estaba ya en el vientre de ella.

Elevadas razones

Ella interrumpe la conversación, se queda mirando a Kurt con ojos inquisidores y la boca apretada para evitar cualquier sonrisa, y le dice: ¿Por qué lo haces? Se refiere a la inveterada propensión de él a conocer mujeres. Kurt mira hacia lo que tiene enfrente —un paisaje grandioso, lleno de árboles, campos y verticalidades, a punto de ser presa de la niebla de la tarde— y tarda algo en contestar, porque quiere ser sincero, pero no más de lo que es consigo mismo. Responde, al fin, que lo que ha buscado siempre en las mujeres es la parte interior de las personas, que no es siquiera lo que está debajo de lo aparente (compostura, atuendo, gestos, moral, formas, piel), sino, comenzando desde otro lugar, aquello de lo que lo aparente es el reverso. Kurt le explica que no habla del espíritu ni del cuerpo, sino de ambos, y no como cosas distintas, sino la misma, igual que la palabra humor es tanto estado de ánimo como secreción. Durante un tiempo no muy largo, le dice, somos los ojos de la realidad, que se mira y piensa a través de nosotros; ¿tenemos derecho a conformarnos con lo que queda al alcance de la vista?; cumplamos a fondo la misión.

El suplente

Mientras fuma un cigarrillo, medio recostada sobre la almohada, con la luz de la tarde en retirada, le cuenta lo que más detesta de su hombre, y hace que esté con Kurt: no pierde nunca la compostura; piensa que lo hace así para que ella no se acerque al centro de él. Como se trata de un encuentro ocasional, e ignora todo de la mujer, Kurt la valora en poco, y no la entiende. El hombre en cuestión, le explica ella, le hace un amor convencional, no en las técnicas, sino en los gestos que aplica al propio cuerpo, que nunca se descomponen ni pierden coherencia, ritmo, estilo: jamás parece inerte, poseído. El amor físico, añade, si es hondo, es una caída, un traspiés, una pérdida de estilo, un abandono al mal gusto, que es lo que queda de nosotros cuando el espíritu sale fuera. Su espíritu, en cambio, nunca abandona el barco, y no es posible abordar este a la deriva, vacío de sí, lleno sólo de sus fantasmas. ¿Y yo, hago eso acaso?, pregunta algo asustado Kurt. Tú lo finges muy bien, responde ella, eso me excita, y me basta; no deseo conocerte.

Juegos de guerra

En plena pelea para someter todo lo que en ella se desborda, y centrar la atención en la zona elegida, Kurt apoya una mano en su cadera, y el pulgar presiona el borde del vientre. Siente, entonces, que una nueva corriente la recorre, y afluye al caudal que la rebasará. Entonces, sin ceder la postura, descubre que, en las márgenes del sexo, por tierras que pensaba yermas, hay patrullas, grupos de combatientes, alguna unidad completa vagando fuera del campo de batalla, donde la intensidad lo envuelve todo, y todo lo confunde. Va reagrupando fuerzas, llevándolas consigo con diversas razones, y cuando regresa al campo recorre primero su perímetro, lo abandona, sale en busca de unos rezagados, pasa un tiempo entre los dedos de un pie, vuelve y ocupa de nuevo su puesto en la trinchera: las líneas allí han roto en ambas direcciones, y una erupción de tierra sepulta los signos de los mapas. Cuando la nube de polvo cesa, escucha, al otro lado, que ella le dice: Gracias. Kurt libera las piernas de ella, se aparta de su cono, lo cierra y da un púdico beso en los labios apretados de este.

Deus ex machina

Ella le cuenta una vieja historia vivida con otro hombre. No usaban anticonceptivos, y él evitaba llegar a la eyaculación cuando la penetraba, por lo que ambos alcanzaban el orgasmo, pero no al mismo tiempo. Un día, hablando, convienen en que, por tal motivo, no surge entre ellos el cuerpo astral que nace en un solo placer común, en el hueco formado por tiempo detenido, semejante a la falta de aire en el centro de una explosión de dinamita. Entonces se unen sin temor ni controles, salen de sí al tiempo, se funden en un mismo sol, y, al caer lentamente las cenizas de la ignición, se van depositando de nuevo en uno y otro. Hablan luego, todavía llenos de hollines, de lo ocurrido, y festejan el espíritu creado fuera de ellos, que irá al almacén del tiempo, pero conservará calor. En ese instante las células le dicen a ella que también en su útero ha quedado memoria, y ser. Discuten si aquel cuerpo astral y este serán el mismo. Luego ella abortará, y abandonará al hombre. Kurt, tras haberla escuchado, deja un largo silencio. Conmigo no temas, le dice, subiremos lo justo para no ver a Dios.

Formas de ver las cosas

Lo que más atraía a Kurt era, precisamente, lo que ella tanto se empeñaba en disimular. Debajo de una figura madura y bien torneada por atuendo y lencería, se debatían formas que, liberadas las sujeciones, escapaban a todo control: grandes y largos pechos todavía consistentes, que iban cada uno por su lado, amenazando llevarla tras ellos en la inercia de un bamboleo, tres o cuatro cinturas, sobrenadando el vientre tan pronto se sentaba, en las nalgas una morfología que nunca estaba quieta, una querencia de cornisa cayendo de las axilas hacia la cintura. Pero era bella, el rostro preservaba todos sus equilibrios, y esa cierta desazón que mostraba hacia su cuerpo, como si estuviera pendiente en todo instante por aquello que se escapaba de ella, y a veces pareciera a punto de correr detrás, no hacía sino añadir interés. Y esto, aún antes de explorar los mil pliegues posibles, los hilos de humedad que se formaban, la potencia de un jadeo sobre anatomía tan inestable, la plenitud del descontrol en un cuerpo insumiso. Cuerpo de geometría variable, solía decir Kurt.

Enigma en mitad de la tarde

Después de un inicio apasionado, sin quitarse la ropa, ella, de pronto, le dice a Kurt que no desea seguir. Él piensa que con ello busca, conscientemente o no, ir componiendo una escena de resistencia que al fin sea vencida en un simulacro de violación, que siempre ha sido de su gusto. Se desnudan, pese a todo, y, ya en la cama, Kurt va descubriendo que la inesperada actitud no es un juego, pues no se manifiesta en resistencia física, sino en renuencia y pasividad. Kurt logra encontrar otra vez en ella el hilo perdido de la pasión, tira con fuerza de él, y la desata, pero comprende que aun sin violencia, ha forzado una puerta que en verdad se había cerrado. Aunque el encuentro está lleno de placer, no ha habido entrega por parte de ella, ni desmedimiento. Kurt especula. Piensa que ella guarda en sí algo que antes no estaba, y se resiste a que este fluido se mezcle con los del cuerpo, y vaya, con ellos, al sumidero final de una fornicación. Piensa, también, que puede haberse tropezado con una intuición: la dignidad de la renuncia, hecha del presentimiento de que la naturaleza es vulgar.

Dejemos así las cosas

Kurt recuerda algo sucedido hace mucho tiempo, cuando, en medio de un largo encuentro amoroso, tuvo por primera vez un desfallecimiento. Su energía vital dejó de estar polarizada donde debía, y se fue replegando al cuerpo, por el que trabajosamente tuvo que ir reclutándola de nuevo. Ella supo hacer las cosas: dejó que el cuerpo de Kurt recuperara la confianza, sin impacientarlo, no cayó en el error de proferir teoría, pulsó en él cuerdas nuevas, y no recurrió a la ternura (compasiva) ni a la excitación (una impostura). Al final resultó un coito intenso y placentero. Ella se acariciaba con los cinco dedos la pelambre del pubis, donde algún placer remanente debía de perseverar, cuando preguntó a Kurt: ¿Te sigue gustando joder conmigo? Entonces él supo, por vez primera y para siempre, que en casos así nunca debía sentirse culpable, sino víctima, so pena de infringir unos papeles ancestrales. Esto pensaba Kurt, mucho después, mientras consolaba unos ojos que pedían perdón, sin atreverse a mirar ella lo que (y esta vez sin remedio) yacía entre las piernas de él.

Intrusismo profesional

A ambos les gustaba hacer el amor en días de menstruación. Al principio esta experiencia tenía la excitación de la conquista de un nuevo territorio de intimidad, un universo de olores, fluidos, manchas y utensilios que la mujer resguarda con celo excrementicio. Luego fue un ceremonial lleno de complicidades, inmiscuido en el encuentro amoroso: rito de lavado, precauciones para no manchar las sábanas, impureza de la sangre en los genitales de él, pañuelos de papel empapando cada poco la efusión, con clínica minuciosidad, como de doctor que trata una herida y la limpia, empezando por los bordes. Si la medicina es sacerdocio, o así se quiere, pensaba Kurt, es porque siempre infringe el territorio del sexo: el cuerpo, la desnudez, la palpación, los humores, los accesos.

—«Abra la boca» es siempre el comienzo del acto médico, los abscesos. Exige, por eso, una impostura de casta, que ejerce el privilegio al precio de estar exenta de emociones. La indiscreción del confesor y la erección en el ejercicio médico no tienen perdón, pensó. Luego Kurt la penetró, con otra temperatura y otro tacto, más áspero, en el interior de la mujer, y el olor de la sangre en sus dedos.

El mito guarda la era

Kurt piensa que el feminismo es el único cambio verdadero en nuestra cultura, desde que damos ese nombre a lo que se lo damos. El Génesis es un compendio de cultura patriarcal, y ese es el origen convencional del discurso, esto es, de las cosas que existen. Pero la idea de la mujer emancipada ocupa unas pocas células en la más reciente lámina del córtex. Eso piensa mientras asiste, con repugnancia moral y placer estético, a una corrida de toros, paradigma del ser colectivo, no sólo el nuestro, sino el de todo Occidente, razón por la que fascina también a otros. Kurt anota al respecto lo siguiente: el ritmo y la cadencia del sexo, máximo 6 toros (heroico), duración dos a tres horas. Capotazos previos (cortejo amoroso), picador (penetración), banderillas (juegos duros subsiguientes), muleta (reiteración de series de penetración, con variación de estilos), estocada (orgasmo, a veces de difícil logro), vuelta al ruedo (o pitos), arrastre de restos al vertedero, etc. Al propio tiempo un doble cruce: el toro, símbolo fálico, y el torero, vestido con el ornato de una mujer: he ahí la fascinante ambigüedad. ¿Cuánto tardará en formar su propia simbólica y mítica la nueva cultura feminista?

Santo y seña

Kurt pasea con la mujer a la que apenas conoce. Le urge disponer de una primera carta de navegación, un mínimo sistema de orientaciones para adentrarse en su territorio. Toma su mano, la acaricia, y, en seguida, la lleva a sus labios. Un primer beso en la mano, convencional y sin intención, es una petición de permiso. Luego un segundo beso es con la parte interna de los labios, y paseando la punta de la lengua por la piel de la zona elegida. La tercera aproximación es una suma de pequeños besos, con los labios cerrados, de los que hacen muac muac. La cuarta es mordiendo el lateral carnoso de la mano con la boca muy abierta. Deja pasar un momento y pregunta, de las cuatro formas, cuál prefiere. La cuarta, dice ella pronto. ¿Y en segundo lugar? La segunda. Ya no tiene interés para Kurt seguir haciendo preguntas. Sabe lo imprescindible para no perderse cuando, un poco después, tenga ante sí el cuerpo de la mujer, un continente por descubrir, que ahora late lleno de calor al fondo de la ropa. Lo que Kurt ignora: ella también sabe lo bastante de él.

El eterno femenino

Inesperadamente, Kurt pregunta a la mujer si ha tenido experiencias sexuales con otras mujeres. Ella responde que no, en los hechos, pero sí en las fantasías. Le explica que desde hace mucho no se reprime nunca en las fantasías, y carece de tabúes en ellas. Esa confesión abre un nuevo camino en la conversación. ¿Sólo con hombres y mujeres? Ella le mira un instante. Alguna vez con animales, en cierto modo, responde. ¿Qué animales? Es animal y no lo es, contesta. Descríbelo, por favor. Ella lo hace: grande, rugiente, peludo, casi humano pero sin serlo, brutal, con largos colmillos, presto a morder. Kurt se emociona como si estuviera ante un hallazgo. En la libre fantasía, abierta, sin troncos de árboles donde esconderse, aparece el eterno animal. ¿Es Pan, el Hombre Lobo, Drácula, King Kong, el Yeti, Tarzán incluso? Tarzán no, desde luego, piensa Kurt, esa es una versión edulcorada y victoriana del mito, ya bajo forma humana. ¿Es tal vez el demonio una mera abstracción de ese ser? En cualquier caso, ese animal está dentro, y no se puede avanzar por la geografía de la mujer sin contar con él. Sea como enemigo o como aliado.

Ese día estaba invencible

Después de una tarde de amor, Kurt la llama por teléfono para decirle cómo se siente. Lo hace de forma descriptiva (vacío, y lleno de ti, con todos los huesos rotos, sin poder pensar más que en todo al mismo tiempo, etc.). Luego prueba con metáforas más complejas: como una plancha de acero después de pasar por el tren de laminación. ¿Te sientes aplastado por mí?, le dice ella. No, tal vez me adelgazas y me haces más ancho. Y más plano, replica ella, lo siento. Kurt prueba de nuevo: como un árbol después de los primeros vendavales del otoño, con todas las hojas muertas en desbandada. ¿Una especie de *lifting*?, pregunta ella; si me aplico, ¿podría aspirar a una poda? Kurt no se da por vencido: como una gaviota que se columpia en el aire que sube, después de chocar contra el malecón. ¿Eres mi ultraligero?, le dice ella entre risas. Último intento de Kurt: como si sólo los latidos del corazón me recordaran que hay tiempo. Ella queda en silencio, al poco le dice: ¿Aún piensas que lo hay?; no has llegado todavía.

No hay pared por medio

Durante una ausencia prolongada, con el teléfono de único consuelo, ella le dice a Kurt que de mañana, al mirarse desnuda en el espejo del baño, se ha deseado para él. Kurt tarda en reaccionar. Luego la llama. Te has deseado para ti, le dice Kurt, te amas, pero no puedes hacerlo contigo, si pudieras lo harías; ¿has intentado besarte en el espejo?, ¿has probado a olerte?; yo soy sólo tu ayudante, un instrumento de tu egofilia. Ella queda en silencio, luego cuelga y al poco llama a Kurt. ¿Es imposible que comprendas el amor?; si quiero que me tengas, y formes parte de mí, es porque deseo no ser ya mía, le dice. Eres tú la que quieres ser yo para hacerte el amor, responde Kurt. Si pudieras desdoblarte, yo te sobraría. Esa pasión que sientes es la de conocerte desde fuera. Puro onanismo. A poco de colgar, desbordado por todas partes, Kurt se masturba, con dulzura desconocida, y siente que su mano es la de ella. Después mira al techo, y le gustaría que no existiera. Luego piensa que, en realidad, los dos hablan de lo mismo. La llama, para decírselo, pero su teléfono no contesta.

Arco iris

En medio de la riña, con lágrimas surcando la cara de la mujer, Kurt le desabrocha despacio la blusa, y ella ayuda, de forma tenue, a sacar las mangas. La lleva con suavidad hasta la cama, y la desnuda sin prisa. Luego la penetra, sin que cese el llanto, y después es ella la que se encabalga. Kurt es poseído por la mujer, con movimientos vigorosos. Ella pide que la sujete con las manos por el culo y lo apriete contra él, luego que le entregue la lengua, después que clave sus uñas en la parte inferior de las nalgas. Al fin, ella alcanza un orgasmo largo y hondo, que, tras dejar en suspenso el tiempo, va arrastrando, como un cometa, una cola de sensaciones cada vez más espaciadas, que él percibe en el interior del cono: ecos de la explosión, que se hacen lejanos. Kurt tiene embadurnada la cara de lágrimas y mocos de la mujer, que no han cesado de manar. Cuando el último eco se apaga, ella acerca su cara, le besa en una mejilla y la deja pegada a la suya. Kurt, que ha evitado alcanzar el orgasmo, tiene los ojos abiertos, la polla dura y la mente en blanco.

Una grieta en la muralla

Ve a la mujer, mientras la está haciendo suya, como una geografía tenaz, en la que los caminos posibles están descritos y prescritos. El paso de las manos, boca o polla de Kurt queda reservado a unas sendas ya abiertas y acotadas, y el resto es un sistema de tabúes o resistencias. Aquella geografía de carne y jugos es un código, un repertorio moral. Kurt intenta descubrir el centro que anuda todos los tensores, para ir desliándolo hebra a hebra. Cavila, al fin, que la metáfora central de aquel sistema se organiza en posturas: las toleradas y las prohibidas por grotescas u obscenas. Varía las posiciones, con distintos pretextos, hasta que logra que la mujer se deje detener en la transición de una a otra. Tiene ahora ante su cara el sexo de ella, las piernas muy abiertas, los grandes pechos colgados sobre el vientre, mientras le mira con ojos redondos de sorpresa. Por favor, no te muevas, le dice. Hunde el hocico en el coño de ella, aguanta la protesta de su carne, la lleva a un orgasmo caudaloso y después, lleno el aire de aroma, con los ojos de la mujer absortos y encendidos, la mira bien y comprende aquel cuadro de Picasso.

In fraganti

Kurt va caminando por la calle, haciendo un barrido espontáneo de lo que en ella hay u ocurre. Al pasar ante un escaparate de lencería reduce ligeramente la marcha y fija la atención, sin llegar a detenerse, en lo que allí se exhibe. Se concentra en una fotografía de mujer de cuerpo entero, vestida de bragas y sujetador. El pecho es del tamaño justo, y presiona también lo justo sobre lo que lo somete (si fuera al revés, el artefacto de lencería habría fracasado). Las bragas dejan libres las ingles, y hacen así más profundo el pubis. Queda espacio a los dos lados del tejido para demorar el juego por un tiempo, antes de entrar en el espacio acotado, que ya estará húmedo entonces. Todo esto ocurre en sincronía con dos pasos de Kurt, uno con la pierna derecha y otro con la izquierda. Ha tenido, por tanto, que girar un poco la cabeza, no sólo la mirada. En ese momento una conocida, en dirección contraria, se cruza por el interior, entre él y el escaparate. Kurt devuelve el saludo, la mira un instante, y queda luego pensando en lo que esa persona habrá encontrado en sus ojos.

El rastro

En el tiempo, administrado con cadencia, que transcurre ese día entre que se despereza y entra en la ducha, Kurt se ha empleado en buscar rastros de la mujer. Ya al despertar le llegó un efluvio de sí mismo en el que ella estaba presente (se le manifestó porque lo estaba). Siguiendo esa pista, Kurt va pasando la mano por la cara, el vientre, las ingles, los testículos, y así descubre olores mezclados, ingredientes y variantes dentro de su propio olor: un secreto y delgado barrizal que cubre la piel de algunas zonas, hecho de humores del amor (lo más real que queda de él tras él). Película fronteriza surgida de la erosión de dos cuerpos, con sus almas respectivas, que se golpean entre sí, infructuosamente, para meterse dentro uno de otro. También: a) la línea de fractura que los define al separarse; b) las cenizas, todavía calientes, de la ignición; c) la memoria química en que está impreso el encuentro (y así es: al aspirarla, surge el recuerdo pleno, intacto). Al salir de la ducha Kurt se queda, ya, a solas con su cerebro. Ella se ha ido.

Las estreñidas

Aquella mujer, a la que no veía hacía tiempo —hoy su madurez está a punto de soltarla de la rama—, fue ejemplo de una complexión frecuente entonces. Eran hembras de atractivos volúmenes, llenos de carne firme, pero en ellas todo parecía apretarse y quedar anudado en dos exactos puntos: el coño y el culo. No era, claro, un formato anatómico, sino un ejercicio tenaz de voluntad, un acto de rigor y compostura, de moral. La presura del coño entre los muslos ahondaba el vientre, lo que hacía más prominentes las nalgas. Estas, sin embargo, no eran libres en sus movimientos, pues los músculos rectales, apretando sus paredes, mantenían la tensión y el orden del conjunto. El sistema de fuerzas descrito irradiaba a todo el cuerpo y, con los años, voluntad y costumbre cristalizaban en formas y funciones. Estas mujeres iban a reuniones de parroquia, se dejaban mirar por los hombres, mostrándose castas y castizas, y solían usar ropa ceñida. A Kurt le parecía que quien lograra meterles un dedito por el culo, suave y rítmicamente, desatornillaría todo el armatoste.

Gente que está en ello

Kurt se tropieza con frecuencia, en el lugar en que hace ciertas compras, con una mujer de mediana edad, pequeña de tamaño y carente de belleza, pero que al saludarle abre un paréntesis brevísimo en la mirada, una detención de apenas décimas de segundo, pero suficiente para preguntarse acerca de lo que hay dentro de ella. Otra de las personas con las que allí se cruza, a hora distinta, es una joven, de rara serenidad en el gesto, la que sólo otorga la sabiduría, natural o adquirida, de quien está en el secreto de las cosas. Un día las ve juntas, y advierte que son madre e hija. Indaga acerca de ellas, mujeres las dos de vida familiar, y averigua que ambas tienen amantes, el de la madre un joven, el de la hija un hombre maduro. Al verlas otro día, y saludarle, y observar o intuir que hablan entre ellas, Kurt piensa que ambas comparten sus secretos, y quizás sus amantes. Desde entonces las mira como cómplices, pues al fin son compañeras suyas de aventura en el gran río subterráneo, en el que hay que bañarse para sentirse libre de pecado.

El buscador

Kurt encuentra a un viejo amigo. Fue el suyo, con la mujer que tuvo, un amor largo, con apariencia de costumbre, muchos años juntos en todas partes, sin alardes de cariño pero con alegría en los ojos, formando una tranquila sociedad de secretos. Al verlos, un día y otro, año tras año, a Kurt le surgía siempre esta imagen: se bañan juntos, se enjabonan, comparten los restos que quedan en el agua, hasta que acaba de salir por el desagüe. Desde que se separaron, hace algún tiempo, el amigo de Kurt frecuenta a otras mujeres, distintas cada vez, bellas casi siempre, y se ríe con ellas, suscita la admiración de algunos, pero en ninguna se detiene. Un día hablan al borde de unos vasos, y él le cuenta su maldición: su mujer lo abandonó y desapareció para siempre, pero él conserva en la memoria el olor de su sexo, y la falta de este le sume, como una adicción, en una invencible ansiedad. Desde entonces busca en otras ese olor, o el que cure su ansia, y va así fatalmente de una a otra. Kurt piensa entonces en el nunca comprendido mito de Don Juan.

Cuestión de gustos

Después de una larga relación compartiendo lechos confortables, a la mujer le gusta todavía hacer el amor en el automóvil. A Kurt no le desagrada, pero le incomodan las posturas grotescas a que obligan ciertas prácticas, los mandos y palancas que se inmiscuyen en el espacio erótico y, sobre todo, la constante vigilancia para evitar ser observados. Ella le dice que el asiento semiabatido impone una posición en que la penetración es honda y perfecta. Pero ha de haber algo más. La forma brutal de exhibir el sexo con la espalda apoyada contra la puerta, o el deslizamiento sutil del cuerpo junto a las palancas, revela que lo que para Kurt era ingrato para ella es incitante. Cuando la penetra y cabalga sobre ella, Kurt intenta controlar el exterior, mientras la mujer, con los ojos perdidos, discurrea: Nos están mirando, lo están haciendo, ¿verdad?, ¿es que no te importa que lo hagan?, ¿qué hace ahí esa gente?, ¡lo están viendo todo! Y se hunde con esas palabras en el pozo de aguas más antiguas, rota de placer por todas partes.

Nada es perfecto

Superada la curiosidad, un periodo mágico pero efímero, llega el tiempo de los juegos, a través del cual los amantes van construyendo los perfiles de uno y otro (son siempre rasgos que ellos mismos se atribuyen: no estaban antes). Kurt pide a la mujer que elija lo que desea, y, para facilitar, le propone una combinatoria con tres opciones verticales y tres horizontales. Las verticales son A (ano), B (boca) y C (coño), y las horizontales, D (dedo), E (lengua) y F (falo). Posturas aparte, el amor es siempre el cruce de una concavidad y una convexidad de las descritas, de donde salen nueve opciones. Kurt ha construido un dado con las seis letras y propone jugar. Ella se asusta, o finge hacerlo, y para ganar tiempo arguye que no todo está en orden, pues lengua no empieza por E. Entonces Kurt sugiere que se elimine la lengua del juego, y ella, tras unos instantes, en los que pasan las escenas detrás de sus ojos, responde, mientras toma el dado, que no hay por qué caer en ese nominalismo.

Riada

Kurt hace el amor, después de tiempo de abstinencia, con una furia que creía perdida. El puro placer, en el que otras veces trataba de detenerse, separando tiempos, investigando secretas pulsiones, viene rodeado esta vez de oscuros materiales, torpes y agresivos, unas aguas densas, con sangre y excrementos flotando en ellas. Al penetrar a la mujer, tratando de ir más allá de sus límites, de transgredir su cuerpo y violarlo, se siente ariete de fuerzas que pasan a través de él, un ancho poder cósmico que se afila en su polla, incandescente como un pararrayos que descarga en lugar de recibir. Esa corriente de vigor arrastra alrededor, imantados por ella, como un cortejo, imágenes antiguas, trozos de vida, abyectas fantasías, líquidos de náusea, crímenes, historias posibles que dejó fuera de la suya, sucesos (no ocurridos) de espanto y belleza. Al caer del trance siente que sale de esa ciénaga, que él queda atrás y está hecho de olvido. ¡Qué estúpido eufemismo es «hacer el amor»!, piensa.

¿Cuánto me quieres?

Un día ella pregunta a Kurt si accederá a un capricho suyo. Responde que sí, y ella le dice que quiere medir su polla, en erección y en decaimiento. Lo ha dicho en tono de juego, pero Kurt sabe, por un mínimo temblor detrás de su sonrisa abierta, que es algo más, y que ha pensado mucho en ello. A Kurt le fascina someterse a sus fantasías, a través de las que le va haciendo más suyo, y él a ella. En el siguiente encuentro la mujer va provista de un metro de costura, y hace la medición, discutiendo si es más fiel desde la base del tallo, por delante, o desde el centro de los testículos, por detrás. Kurt no sabe si lo habrá hecho a otros, y no adivina cuál es el móvil último de la prueba, ni si ella misma lo sabe. Una conjetura es esta: la diferencia entre las dos mediciones dará la pasión que siente por ella, como si la polla erecta fuera de extensión variable, algo así como el artefacto de feria que, golpeado con una maza, lanza el peso a la altura que expresa la fuerza del concursante.

Planeta intemporal

Ella le cuenta una experiencia sufrida de niña, cuando fue inducida a acariciar y besar el pene a unos chicos de más edad. Dice haberlo recordado después de muchos años, hace sólo unos días, y cree que no le ha producido un trauma psíquico. La mujer se lo ha narrado a medias, de forma entrecortada, y luego llora. Para su sorpresa, ella pregunta a Kurt si le da importancia, como si viciara su virtud, e insinúa casi si podrá perdonarla. Kurt toma a broma el asunto, y luego se arrepiente. Empieza a sospechar que ella vive el sexo como un presente, sin distancia en el tiempo entre lo sucedido de niña y lo que ocurre hoy. Kurt piensa si el sexo, un tejido de recuerdos, fantasías y actos, no será un estrato independiente, no sometido a ordenación cronológica, por su misma intensidad, que nos saca del tiempo, como un tomado que arrastra hacia arriba, y arranca la conciencia de las raíces cotidianas. Kurt desea saber lo que ella quiere ahora: cuál es la fantasía que ha crecido de aquella semilla.

Juego duro

Una vez más, ella logra indignarle. ¿Me quieres de verdad, o sólo buscas sexo?, le ha vuelto a preguntar. Kurt hace esfuerzos por mostrar que la ama, y que el sexo forma parte de ese amor, pero no se agota en él su sentimiento. Otras veces le explica que la extraña división entre cuerpo y alma, o materia y espíritu, lleva a pensar que goce sexual y amor son cosas separables. Él quiere estar en ella, pero a veces le basta una caricia, un olor, verla, hacer algo juntos o, nada más, saberla. Cuando Kurt completa el argumento, la mujer recurre a alguna frase vulgar, para romper el juego: Sí, palabras no te faltan, pero al final quieres joder, carnaza, cono. En tales momentos se la ve blindada, inaccesible, encerrada en la idea, como cuando haciendo el amor el mundo exterior desaparece.

Kurt, al fin, comprende: representa un papel, un personaje, da curso a una fantasía que deplora y desea. Querría verse humillada a ser sólo carne, objeto de deseo, puta. A la vez huye del deseo y se lo endosa a él. Kurt, que la quiere de veras, le dice entonces: Ya me la has puesto dura, ahora querría joderte, zorra, ven.

Huellas en el agua

Caminando por la zona antigua de la ciudad, de estrechas calles, Kurt es sobrepasado por un autobús urbano, que va despacio. Su vista se fija en una viajera, sentada de espaldas a la marcha. Sin ser bella lo es, y Kurt descifra esta paradoja: su alma ocupa todo el espacio del cuerpo, y querría desbordarlo (como si el alma fuera la cámara hinchada que se aloja en un balón de cuero). Se pregunta por las fuentes de esa plenitud, y concluye que han de ser secretas y gozosas. El autobús se detiene en un semáforo y Kurt, que sigue andando, lo adelanta. Se cruza con la mujer de nuevo, y otra vez tropieza con sus ojos, pero ahora la mirada de él tiene un significado. Ella, al percatarse, mira a otro lugar, pero un movimiento apenas perceptible de sus labios, que no es sonrisa ni gesto, sino mera conciencia de que están en su boca, hace pensar a Kurt que ha acusado recibo. Kurt sigue caminando, y aguarda el nuevo cruce, una vez arranque el autobús. Cuando vuelve a ser adelantado, ella va mirando hacia otro lado: la historia que pudo ser ha concluido (el semáforo siguiente queda lejos).

La más odiosa reciprocidad

De un tiempo acá, Kurt percibe que una mujer a la que ama se proyecta en las otras, como si estas tuvieran su atractivo en semejarse (en un gesto, un olor, un gusto sexual concreto, un movimiento, algo) a aquella. Estar con la mujer, a la que sólo ve de cuando en cuando, no le calma el deseo: le hace buscarla en otras. Ya que la ama, a Kurt le asombra esta infidelidad. Luego medita en que tal vez la mujer imaginada siempre es la referencia de las reales, y por aquella interpretamos las palabras de estas, ideamos su pasión y sentimientos, damos forma a sus deseos y hasta a sus cuerpos: una entidad equidistante entre lo que son y el ideal abstracto de mujer. A veces este ideal aspira o inspira a una mujer concreta: la hace suya, la infunde (a través de las manos, casi siempre: las que ponemos en su cuerpo un día y otro), se confunde con ella; es entonces cuando de verdad es nuestra, o también al revés, nosotros somos de ella, pues ocupa el espacio imaginado. ¿No será, pues, buscar en otras sus fragmentos una buena manera de adorarla y amarla? De pronto a Kurt le sobrecoge un pensamiento: que ella haga lo mismo; y un escalofrío lo recorre.

¿Habrá algo dentro?

Aquella mujer, de alta escuela y buena clase, tiene crédito como devoradora de hombres. Kurt descubre que todo su ardor y sexualidad están codificados bajo una estructura de orden rigurosa, construida sobre un sistema de tabúes. Desde ese hallazgo, todo el afán de Kurt es indagar cuáles son las puertas que están cerradas para abrirlas una a una: he ahí el programa que asegura un asedio lento y sugestivo. Están primero las posturas. Luego viene la luz, hasta llegar a la plenitud, a la invasión de luz, que permite el pormenor, clínico casi, de quirófano. Después inicia otro camino: el del olor. Llega un día sin aviso y, cuando ella se excusa para un aseo previo, se interpone: Por favor, no te laves, le pide. Otro día deja que vaya al baño, pero le dice: ¿Puedo entrar? Luego, ya ojos de la cara, que llega al cerebro de la mujer por una vía desconocida, como si, de célula en célula, se fueran diciendo las cosas: una larga digestión al revés, que recorre todo el intestino. Luego piensa que el cerebro tal vez sea una metáfora de lugar, y esté en realidad por todas partes, al menos cuando el cuerpo llega a la incandescencia.

Rectoscopia

Kurt deja que ella disponga una postura nueva, que ha visto dibujada. Kurt está tendido boca arriba, ella se sienta de espaldas y de rodillas sobre su pene, lo introduce y le pide que suba las piernas y las coloque extendidas sobre la espalda de ella. La polla queda tensa en la vagina de la mujer, como un resorte, presiona sus paredes y penetra muy hondo. ¿Me ves bien el culo?, le pregunta ella. Allí está, en efecto, ante él, pleno al fin, sin sombra alguna, las nalgas bien abiertas, ofreciéndose a sus dedos. Kurt empieza a acariciarlo, pero ella le aparta las manos, y, en cambio, se abre más aun, para que pueda ser explorada con detalle. Kurt piensa que ella está sintiendo su mirada, como si fuera táctil, o le está viendo a través de él, con una forma de atención distinta a la de los ojos de la cara, que llega al cerebro de la mujer por una vía desconocida, como si, de célula en célula, se fueran diciendo las cosas: una larga digestión al revés, que recorre todo el intestino. Luego piensa que el cerebro tal vez sea una metáfora de lugar, y esté en realidad por todas partes, al menos cuando el cuerpo llega a la incandescencia.

Terrible confesión

Le hace la pregunta sin vanagloriarse del enunciado, que para ella significa lo que justamente dicen sus palabras, sin pretender construir una frase. La dirige a Kurt con una voz que es tanto la de la niña que aún lleva dentro como la de la mujer que, al borde de la primera madurez, se cree ya con derecho a no engañarse. La mirada expresa esa misma ambivalencia de la voz: tiene algo de suplicante, pero con la firmeza de quien en el fondo conoce la respuesta, y la acepta. De ningún modo contiene un reproche a Kurt, ni trasluce una sola brizna de despecho; por eso hay en frase y gesto una invitación a que el interlocutor, si se ve en apuros, pueda escaparse por la vía del humor. Tampoco se trata de un ultimátum, ni se sugiere que, según cuál sea la respuesta, seguirán consecuencias.

Se trata más bien, en fin, de una constatación casi formada, que aspira a que Kurt añada algo, y sólo si lo tiene a bien. La frase es: «Yo estoy dispuesta a hacer todo por ti; ¿estás dispuesto tú a hacer algo por mí?».

La suma sabiduría

De aquella mujer le quedan a Kurt no muchas cosas. Con cierto atractivo físico, inteligente, ardiente, sensible, culta, le faltaba, no obstante, piedad, y también olor. Por más que Kurt la explorara, buscando un rastro, una senda por la que ir adentrándose, a través de ella o del propio cerebro, en los territorios hondos de la mujer, no la hallaba. Era una carne sin secreciones, o de inocuo olor, una carne, por tanto, muerta, un terreno baldío, y sin ella el espíritu sólo conducía a la bella amistad que tampoco llegó a ser. Pero le quedan sus ojos, dotados de una rara alegría, fruto —le parecía a Kurt— de una muerte siempre presentida, de unos últimos días. Y, sobre todo, una boca que, al cabo del tiempo, había acertado en ayudarle a recorrer, al encerrar en ella su polla, los últimos metros del placer, cuando este se afila y puede cortar las paredes del pequeño universo propio para abrirse un instante al otro. Conocía, pues, el arte de los confines (si es que hay arte que no suceda en ellos).

Ha de haber alguna ley

Kurt piensa que la expresión «beso» oculta más que muestra. Cierre o grado de apertura de los labios, juegos de interior, duración, proyección — o no— del beso en el resto del cuerpo, lo que hagan las manos, humedad, presión, voracidad, respiración, prólogo, epílogo, por parte de uno y otro, definen un lenguaje (nunca mejor dicho) y una interlocución. El beso es un pequeño coito, tan determinante como este del vínculo que nace o dura. Kurt especula con la idea de que el beso (y los órganos que en él actúan) sea un fractal de los genitales, sometido a comportamiento semejante (dirigido, al fin, por el mismo centro rector): ángulo de apertura, secreción, motilidad, ambición, actividad/pasividad, etc. Luego, avanzando en la sutileza, piensa que, por contra, tal vez exista entre boca y coño una relación más compleja, no de simetría, o de reproducción a distinta escala, sino de compensación entre ambas sedes. Así, la mujer que al besar entregue la boca tenderá a la cautela al separar las piernas y ofrecer el cono. Pero, rememorando, tampoco esto se verifica.

Las uvas están verdes

Kurt se cruza con una adolescente, y la examina. Va muy erguida, pierde incluso hacia atrás la verticalidad, como una pared extraplomada. Estira el cuello, se mueve de modo hierático y no mira a nadie. Kurt piensa que es actitud de quien conserva la doncelléz. La joven sabe que es propietaria de un cuerpo, lo primero tal vez que tiene en su vida, y nadie le ha enseñado a administrarlo. Al tiempo ve en toda mirada masculina una codicia, y su gesto corporal, de desplante, es una afirmación radical (superficial, pues) frente a la morbidez que la rodea, como si farolas, semáforos y papeleras tuvieran tentáculos lascivos. Lleva cerrada la boca, para no perder hermetismo. Al hacerlo, se le pronuncia el hocico, sea por un artefacto de ortodoncia o porque la dentadura aún no se ha asentado, y los molares presionan el sistema hacia delante. Aunque es bella, no alza en Kurt ningún deseo, sólo ternura, y, para no desairarla, la mira con ambición que en realidad no tiene. No se perdonaría que ella percibiera indiferencia a su alrededor.

Lección de geografía

Cuando él va subiendo lentamente hacia el orgasmo, la mujer introduce un dedo en el culo de Kurt, acaricia sus mucosas interiores, y se produce un desplazamiento en el lugar físico del placer, que pierde centralidad y se organiza en dos polos. Ella, después, le expone sus teorías. La sexualidad masculina, en su acepción brutal, es un río caudaloso que se estrecha en un punto, como el pináculo de una torre, allí se hace tropel, y descarga; luego se remansa. Para que esto funcione han de estar obturadas otras alternativas de placer. La masculinidad agresiva se ejerce unipolarmente, y se desata con la furia de un rayo. Pero si abres otro frente, la energía recorre un territorio más vasto, y la intensidad no ahoga la percepción. Entonces descubres la fertilidad de tierras de tu cuerpo que creías yermas y yertas. Kurt, al oírla, se preocupa por su rol, y el macho que hay en él se pone en guardia. No temas ser más cosas de las que crees ser, le tranquiliza ella. El temor es lo contrario del amor. Deja que el placer decida, y vaya por donde le plazca, que es lo suyo.

Touch

Kurt está cerca del orgasmo, y, en fracciones ínfimas de tiempo, se pregunta sobre los últimos instantes. La mujer le ha llevado hasta allí (no importa que se trate de una felación, una penetración o una caricia) ajustando movimientos a las ondas del hombre, buscando el vigor en sus reductos, obligándolo a salir de donde estaba. Pero la intensidad tiene su ley: cuando el placer se afila, y el ardor se hace luz, hay, o no, un movimiento justo, el punto de exactitud, de perfección. Kurt siente ya subir la lava y crepitar los diques del placer, que empiezan a romperse. Entonces, con la cascada doblando la cornisa, percibe en las entrañas un gesto tenue, casi un matiz, un pañuelo en el aire, un músculo sutil, apenas un amago, que abre otras compuertas y lo lanza arriba, a las estancias altas de la memoria. Cuando mucho después (unos segundos) desciende, se va distribuyendo de nuevo por el cuerpo, y descubre otra vez frío y calor, busca los ojos de la mujer para que ella lea en los suyos lo que ha sido. Los de ella tienen otra complacencia más, como de dueña. A Kurt se le ocurre esto: la importancia de los últimos metros.

La estación de las flores

De mañana, camino del trabajo, Kurt tiene ante sí a la mujer. Acaba de romper la primavera y ella viste pantalón fino. Las caderas son anchas, expresan el poder de la mujer sobre la tierra, un centro de gravedad próximo al suelo, a la materia. Kurt, caminando tras ella, trata de indagar, bajo el pantalón, el lugar de la braga. Lo encuentra al fin: ciñe sólo el triángulo central de las nalgas, que rebosan de sus bordes un volumen amplio. Ya no ve el pantalón (Kurt está bajo él), podría asegurar la textura de la braga, y su relación con la carne: no es la adhesión del algodón, ni la distancia de la fibra, es un intermedio, que ciñe lo justo pero dejando exenta la percepción táctil de la piel. Imagina ahora, siente casi, el olor, tenue, de sexo recién lavado, en el vértice mismo, como el centro de una flor, de aquel juego de triángulos. Ante el cristal de una esquina en chaflán, ve que ella le ve, y le adivina. La mujer sigue andando, y Kurt percibe en ella, en su culo, un matiz muy sutil, una palpitación, un gusto, como si entrara en el juego.

La señal

Kurt ve en los ojos de la mujer el mensaje inequívoco. No sabría definir ese mensaje, o tal vez no lo sea, sino la retirada de los disimulos: se deja de fingir. Kurt piensa que comportamiento y compostura encubren, con disfraces sucesivos, la fuerza vital de hombre y mujer. La coquetería, incluso, es una forma banal y vaciada de energía del cortejo sexual (un simulacro). Aunque a veces bajo ella aliente todo el espíritu de Dioniso, que no se deja domeñar, la coquetería es encubrimiento, disimulo, defensa. No es en estos juegos, sino fuera de ellos, cuando de pronto aflora la mirada que lo dice todo. Bastan décimas de segundo de parada en el cruce de los ojos, o una forma oblicua de mirar, o una sincronía sutil entre movimiento de los ojos y gesto de la boca, para que el mensaje surja.

Entonces entran en juego otras fuerzas, que están dentro y fuera de los cuerpos, con su energía y secreciones, una segunda realidad, con distintas leyes, el otro mundo para cuya conjuración existe el orden, el reino de Dioniso. Kurt lo está viendo en los ojos de la mujer.

Perversión

Kurt ve a la joven, con las hechuras de mujer, pero enfundada en uniforme de colegiala. Viste zapatos fuertes, medias cortas, falda plisada, camisa blanca holgada y chaqueta azul de lana. Es alta, robusta, bella y no hay en ella nada que haya de ser y no sea ya: encarna la plenitud, la completud, propia del esplendor. Se la imagina vestida de mujer, y el resultado es deslumbrante. Hay, en quienes han decidido ese atuendo, una voluntad de prorrogar la infancia, en lucha con las leyes de la vida, como si así la mujer se demorara en ella (la mujer, pues: un odioso destino de culpa y lascivia). Pero, para Kurt, el resultado del disimulo es el contrario, y entre esos dos planos de una realidad, el disfraz y lo que oculta, en el espacio que separa ambos, hay la transpiración de una batalla, un combate de edades, una tierra de nadie entre niña y mujer, una mezcla de olores, una sugestiva turbiedad. ¿Sabe esto, muy al fondo, el animal morboso de quienes la disfrazan de niña?, ¿qué arte fetichista aspira a conservar su antiguo cuerpo dentro del uniforme?

Semántica

De improviso aparecen juntas en la cabeza de Kurt las palabras coño y código, y se pone a jugar con ellas. El coño es el código de la mujer, lenguaje cifrado, clave, sistema de entradas, para llegar a ella. Desplegado, como se forma un mapa de isóbaras en torno al eje de una borrasca, es un plano en el que ella puede ser leída (siempre con riesgo de errores predictivos). Es el primer nudo, que explica y enlaza en torno a él todos los demás que forman su tejido. Pero es código también en cuanto norma: lo que la mujer tenga legislado respecto de su coño es ley fundamental, y toda otra norma que regule su cuerpo y su vida, hasta los reglamentos menores de su periferia, viene a ser eco de una gran voz central. Por último: es conjunto, reunión, congreso, en el que todo lo disperso se compila en cuerpo único. Cuando termina el juego, Kurt añade: pero no tiene índice, ni artículos numerados, y en notas a pie de página hay otra nota, y bajo esta otra, y así ad infinitum.

Regreso del cielo

Kurt hace el amor de pie, en el baño. Vamos a la ventana, le dice la mujer. Se acercan, desnudos; le pide que la abra y hagan el amor ante ella. A la misma altura que ellos, en la casa de enfrente, hay unas viviendas en terraza. Kurt quiere satisfacer el ardiente deseo de la mujer, aunque teme la reacción de los vecinos. Le excita esta pequeña perversión, un exhibicionismo que, en el fondo, piensa Kurt, aspira a que el éxtasis en que ella está sumida no se quede entre los dos, salga de las paredes de sus cuerpos, vuele, como una nube de polen, o una onda de calor, y llegue a otros. Se ponen en la ventana, ella levanta una pierna y la apoya en el quicio, él la penetra. Están moviéndose cuando un vecino en camiseta sale a regar las plantas. Los ve, vuelve al interior y sale otra vez con su mujer y una hija, que les insultan (¡guarros!). Ella llega al orgasmo, y, tras caer muy al fondo de él, se percata de los gritos, cierra la cortina, vuelve a la cama, se mete bajo las sábanas y aparta de un manotazo a Kurt, mientras dice: ¡Cómo has podido hacerme esto!

Sobre la esencia

Kurt, cuando no está con ella, y hablan por teléfono, se lamenta de que no tiene su olor, el de su cuerpo, el de su sexo. Un día ella va a su casa y después de unos contactos, cuando se sabe intensa, va hasta el teléfono, se baja el pantalón y las bragas, abre bien las piernas y hace pasar el auricular por su cono, de atrás adelante. Luego lo acerca a la cara de Kurt, para que huelga. Un instante sólo, luego se lo quita, y hace la misma operación desde atrás, llevando el auricular de la vagina al culo. Para que tengas los dos olores, le dice. Hacen largamente el amor, Kurt se llena de ella, y, como siempre, su olor ocupa el centro de los sentidos. Al día siguiente Kurt descuelga el teléfono y al acercarlo a la cara se encuentra con lo que ella había dejado. La mujer entra en tromba en él.

No es su imagen, es mucho más, es su secreto: lo que ella es, resumido en un código inconfundible. Durante un largo rato intenta descifrar los dos olores, distinguirlos, separarlos, para llegar a ella por dos vías, saberla de dos modos, por los dos ojos, y tenerla completa.

La fuerza del libreto

La mujer está llena de pasión, decide que no hay razón para frenarla, le mira con ojos perdidos, desliza su mano de la mejilla de él al cuello, lo aprieta contra sí y dice: Te quiero. Kurt desea poseerla, pero le choca ese amor tan repentino: acaba de conocerla. Van cumpliendo los pasos, uno a uno, y por su orden justo: beso largo, gemidos, succión de pechos, montura, penetración, cabeza atrás (de ella), arrebató, orgasmo, etc. A Kurt le parece estar viendo los planos de una escena en el cine. De vez en cuando ella se muestra poseída, como fuera de sí. A ratos salen de sus ojos brillos o rayos como de amor. Al moverse en la cama lo hace sin gestos bruscos, tal si levitara, o el amor fuera un ballet. Kurt sabe que el sexo es la más poderosa regresión, que lleva al fondo de la especie, al aullido primordial, y la cultura del amor, con literatura, expresión corporal y escenografía (que cristalizan en conducta), una mediación entre el hombre y su animal, para que puedan convivir. Pero una farsa tan mal interpretada resulta insoportable.

Ya se había ido

Alguien nos está mirando, le dice ella cuando están haciendo el amor. Kurt, tras un sobresalto, comprende que es imposible: están en una habitación cerrada, con las cortinas echadas. Pero un instante después comprende de veras. ¿Qué hacemos, seguimos como si no le viéramos?, le dice Kurt. Sigue, no pares, pero nos está mirando, ¿es que no te importa?, responde ella. Y él: Quiero que nos vea. Ella: ¿Por qué? Kurt: Date la vuelta, quiero comerte, abre bien las piernas para que él vea bien cómo lo hago. Ella dice: No quiero, nos mira. Pero se da la vuelta, se abre bien y dice: ¿Así?, ¿nos está viendo? Kurt: Creo que está disfrutando al vernos. Ella: ¿Se está masturbando? Kurt: Sí, pero ¿es hombre o mujer? Ella: Es un hombre, pero, por favor, no pares, sigue. Kurt prosigue, ella llega a un largo y profundo orgasmo, que luego se va desvaneciendo poco a poco, hasta que queda de él un retumbo lejano, como después de una tormenta, golpeando dulcemente la geografía de la mujer. Kurt la mira. Creo que sigue ahí, le dice, en voz muy baja. Y ella asustada, con los ojos muy abiertos: ¿Qué dices?, ¿quién?

Reciclaje

En el primer encuentro ella se lanza a una felación, pero cuando acaba Kurt advierte que algo no ha ido bien. En otros episodios descubre que ella devuelve lo que succiona a un pañuelo o servilleta, de forma muy discreta, como hacen los niños con poco apetito. Un día Kurt le dice que si desea hacerlo lo haga hasta el final, y si no, no lo haga. Luego le explica, con palabras ajustadas, que estas cautelas debilitan la tensión de los últimos metros, y en ese preciso instante la succión de ella ha de ser más fuerte que la emisión de él. La mujer comprende, y en el siguiente encuentro ya no deja desperdicios. Poco a poco va descubriendo las pulsiones íntimas de Kurt, hasta alcanzar la perfección. Pero en ese tiempo él tiene la sensación de que la está perdiendo. Un día ella le dice que ha decidido reanudar la relación con su pareja de siempre, interrumpida por Kurt. Desde entonces no deja de pensar que en esa pareja debía de haber un punto de desencuentro, un instante de insatisfacción, un final incompleto, que ahora se ha resuelto.

Boceto para encíclica

Se la ha cruzado en la escalera muchas veces. Una niña que se fue espigando, y camina algo encorvada. Tal vez sospecha que no tiene fuerza aún para ocupar todo el espacio que el tamaño de su cuerpo pide. Se encuentran en la puerta y vacilan sobre quién pasa antes. La invita a hacerlo, y la joven sonríe. Kurt ve en su gesto algo que antes no había. Se pregunta el qué, y al poco lo descubre: la imagina empujando a un primer hijo en el cochecito. Ocurrirá en un tiempo, pero el gesto ya está en ella. La idea despierta en Kurt un sentimiento denso, bello, poderoso, y le invade una fuerza, que no sabe bien si viene de fuera o nace dentro, y le excita. Kurt desea poseerla, pero el placer que le ha endurecido la polla no termina en él, sino que busca cumplir en ella ese designio: ver cómo el vientre le engorda y rompe poco a poco sus hechuras. Piensa entonces, contra lo que cree y predica, que el sexo tiene un fin, y sin él un día acabará, como un río sin mar, o un árbol sin sol. Kurt está sudando, tras ese inesperado tropezón moral.

Acto fallido

Kurt la está mirando, echada de medio lado sobre la cama, con gesto que refleja a un tiempo temor fingido, expectativa, deseo, culpa. Le acaba de decir que, si cree que ha obrado mal, puede pegarla. Kurt no sabe qué hacer. Por más que se esfuerza, no siente placer en golpearla. Tampoco quiere privarla de ese gusto; hace ya tiempo le ha dicho que hará lo que ella quiera para que goce. Pero ¿cómo medir los golpes para que colmen el deseo de sufrir, sin ir más allá de lo justo? Entonces acude a su mente una escena de hace mucho, con una joven a la que conoció: ella insinuaba que quiere ser sometida, él dice entonces que va a pegarla, deja pasar algo de tiempo y le da unas bofetadas sin fuerza. La chica le da la espalda y se echa a llorar con desconsuelo. Ese día, allí acaba todo. Kurt admite, para sí, que a partir de un punto no sabe nada de mujeres. Entonces suspira, se acuesta junto a ella y con toda dulzura deja un beso en una esquina de sus labios, con la conciencia de ser un mal amante.

Nuestros extraños inquilinos

¿Disfrutaban algunas mujeres si las llamaban zorras, antes de que literatura y cine hicieran de ello un episodio clásico? Eso está pensando Kurt, en un instante muy corto, cuando ella le dice: Soy tu puta, soy tu zorra. ¿Lo soy?, insiste, si lo soy dímelo. Kurt lo hace entonces, lo mejor que puede. Pero ella pide más. ¿Por qué soy tu puta?, pregunta, ¿qué sientes?, ¿qué quieres hacerme?, ¿qué quieres que te haga? Kurt va respondiendo a sus preguntas, en el lenguaje más soez de que es capaz. Cuando la obscenidad llega a la cima, rompen en ella los diques del orgasmo. Kurt piensa que en uno de los fondos de cualquier mujer vive una prostituta, en el ala contraria de la virgen que también vive en ella. ¿Y en la mente del hombre?, ¿hay también en su imagen de la amada una virgen y una puta? ¿La querría virgen y de nadie, y puta y de todos? En esto la mujer, que no ha callado tras el orgasmo, acaba de soltar una carcajada, libre y rahez. Kurt sólo recuerda haber oído reír así a una puta.

La comunión de la carne

Un momento alto del amor es desnudarse. Eran artefactos armados con esmero, hechos de carne, sí, pero también de ropas externas e interiores, pequeñas prótesis, ajustes, peinados, posturas, perfumes, perfiles, perspectivas. Ahora ya nada vale. Hay mujeres que se desnudan pronto, saben que son más por dentro que por fuera; otras se demoran, lo hacen por tramos, recurren a las sábanas, administran la luz, para ir desvelando poco a poco el secreto: desnudas no son tanto. Pero hay un momento en que otra vez todas se parecen. Kurt tiene bajo él a la mujer desnuda, con los ojos mojados y brillantes. Su cuerpo ha relajado varillas, ballenas y tensores de la estructura interna. La carne es sólo carne, blanda, húmeda, blanca. Se han ido arrugas, si las hubo, sólo quedan pliegues. Los pechos yacen, más que surgen. El cuello se ha ensanchado. No sabría distinguir su cintura de otras. Se ha esparcido en el goce, distribuido por todos sus espacios. Es ya sólo materia. La forma queda atrás, o fuera.

Bacante

Había conocido a aquella mujer cuando ella era muy delgada, joven, sugerente y virgen. Entonces no llegaron a hacerlo. Años después, como ocurre siempre, se la tropieza de nuevo. Todavía es joven, pero ha engordado, su aspecto es zafio y los modales un tanto expeditivos. Kurt le propone sin más hacer el amor, tal vez porque no sabe qué otra cosa decirle, o por dejar cerrado un expediente, y al poco están en la cama. Todo se desarrolla peor aún de lo esperado: la ordinariez en las palabras de ella es sólo vulgar, ni siquiera procaz, sin estilo alguno, como si el amor mecánico y directo fuera seña de madurez para dejar atrás a la sutil virgen que fue. Cuando Kurt sale de su cuerpo ella se levanta y corre desnuda al baño, dando grotescos saltos, con la mano puesta bajo el coño para que no caiga al suelo el semen. Kurt llega a sentir bochorno, pero la imagen que desde entonces queda de ella en su recuerdo, y le excita, hasta desear volver a verla, es esa.

El amor y la guerra

Kurt piensa que el amor es una búsqueda de la otra parte de uno mismo, del otro yo, el que falta para acabar de entendernos y de tener sentido. Su vacío nos succiona, y esa corriente de aire que falta es la ansiedad. En la persona amada vamos colocando nuestras fantasías y deseos, como si fueran suyos, hasta que empezamos a reconocernos. Ella hace lo propio con nosotros. Así se produce una confusión paulatina, en la que ambos fingen, que diluye las fronteras de los amantes, y por las sendas abiertas trafican e intercambian cantidad de materias. Como cada cual, pese a todo, es uno, surgen resistencias y rechazos, y se pelea en varios frentes, abiertos en el interior de los amantes. Según su poder y estrategia, y quién invada a quién, la línea de combate está más en uno u otro.

Si la invasión concluye, todo acaba. Hay quien se deja invadir un tanto, y luego embolsa las fuerzas del otro, para dominarlas. Platón dijo que el amor es un demonio, pero los hay íncubos y súcubos.

Fragilidad del macho

De un tiempo acá algo va mal en el sexo entre Kurt y la mujer, que busca encabalgarse en él y pide que se quede quieto mientras ella se mueve. Así modula los movimientos con la sabiduría que sólo el propio cuerpo conoce. Pero Kurt, al poco de este juego, se queda con la polla blanda. La mujer se aproxima por esta vía al placer, y Kurt se aleja. Entonces hablan, y él trata de interpretar las cosas. Su genio sexual es activo, se despliega cuando ejerce un acto de posesión, de dominio. Sólo cuando concentra su energía cinética en la polla, cuando la convierte en el eje sobre el que todo gira, cuando el cuerpo toma forma de barco, y la polla es la proa, alcanzan las cuadernas del navío su óptimo de resistencia. Al fin encuentra la metáfora. Imagínate, le dice, que mi cuerpo es de papel, y sólo cuando se dobla para componer una figura precisa se hace dura. Si me desdoblas ya no valgo. Ella le mira. Qué culta palabrería para encubrir una patología machista clásica, piensa.

Canon

En una larga secuencia, en la que los dos caminan por la alta crestería del placer, la mirada de la mujer, que Kurt tiene bajo sus ojos, refleja la conciencia plena del gozo: una lenta deglución en la que todo el cuerpo, hecho paladar, palpotea y siente. Ella percibe que su coño se ha expandido, y está por todas partes. Entonces rompe a hablar, habla de él, de su cono, y pregunta a Kurt si le gusta más que otros que haya conocido. Kurt responde que sí, pero ella quiere saber cómo eran. El hombre no sabe qué decir, pues si los describe, la hoguera puede apagarse bajo un chorro de celos. Kurt encuentra al fin un argumento: unos eran más grandes y otros más pequeños que el suyo, más mojados o secos, agrios o dulces, suaves o ásperos, hondos o cortos, anchos o estrictos, torpes o sabios, pero en todos había un más o un menos con arreglo a un patrón pensado de cono, el de ella, una idea sin carne que ahora ha encontrado sitio. La mujer ríe un poco, luego le abraza, aprieta la polla de Kurt y sube al cielo.

Danza del vientre

Ella abre la boca y hace brotar la lengua, como un áspid. Kurt ha ido subiendo a la mujer, a las alturas en que están, moviéndose dentro de forma circular, y apretando contra él las nalgas con las manos. La lengua está erecta, y ahora le parece una cobra que baila en la cesta de mimbre. Las dos ideas tienen en su centro una serpiente. Kurt acerca su boca, la mujer se la abre con el morro, e introduce en ella su lengua, tensa como un látigo. Él sabe que es un instante superior: ha de estar lleno del poder oscuro del placer, sin decaer en él, pero, al tiempo, de las leyes del ritmo, la exactitud, la cadencia. Kurt hace un gesto singular, con su verga, sin dejar de girar en el cuenco, y aguarda. La mujer lo imita con su lengua en la boca de él. Así empieza un baile sutil, lleno de correspondencia, que sería eterno si al fondo de los cuerpos no empezara a moverse y rugir un dragón más fuerte que ellos, que al fin echa su llama y los abrasa. Siguen unidos por las dos ataduras, y por un instante Kurt piensa si el fuego las habrá soldado para siempre.

Big Bang

De ella le queda, sobre todo, el recuerdo de un gesto. Como su cuerpo era pequeño, al hacer el amor temía que algo se rompiera en ella. Pero después de penetrada con suavidad, llegaba al orgasmo al sentirse colmada y golpeada. Entonces había en su interior un estallido grande y sordo, como las pruebas nucleares bajo tierra. La deflagración sólo asomaba a su cara: de pronto abría mucho los ojos y la boca, esta anunciaba un gran grito que no acababa de salir y se remetía de nuevo en ella. Todo el rostro adquiría un gesto atónito, en el que se leía espanto y placer, pero era una sola sensación. Kurt cree que se aproximan a ella estas ideas: la intensidad, como concepto puro, sin definir de qué, pero en grado supremo; el cedimiento de los diques y compuertas interiores, arrasados por una riada que afluye de todas partes; la detención del tiempo, expulsado por falta de sitio; la confusión, en un goce, de pecado y virtud, belleza y abyección, dios y demonio. En nadie como en ella había visto Kurt la esencia del orgasmo.

En las películas no ocurre

Ella le anuncia una sorpresa. Al llegar, después de besarle, se encierra en el baño, pide que apague la luz antes de salir, Kurt lo hace, luego enciende y ella está en el centro de la habitación, con un espléndido modelo de lencería erótica en actitud clásica de provocación. Ríen la broma, se abrazan de nuevo, y para continuarla Kurt la va amando con los ritos que tal envoltorio pide: beso suave y apasionado en el cuello, descendimiento de un tirante, paseo de los labios entre el pecho y la axila —ella exhala entonces un gemido justo, mientras (supone Kurt) echa atrás la cabeza—, descenso del otro tirante, bajada de la copa del sujetador, curso de la lengua en torno al pezón, hasta henchirlo, succión suave, luego violenta, hasta que provoque una punzada ambigua (¿dolor?, ¿placer?), bajada del corpiño, arduo juego en el ombligo, comienzo del descenso de los labios por la gran pendiente, él (de rodillas) afila una mano entre los muslos, roza la puntilla de la vampiresa y... ¿Qué es esto?, pregunta Kurt, mientras bajo el negro encaje descubre un salva slip.

Juegos de palabras

Tras haber hecho el amor, a la mujer que está con Kurt le gusta hablar. Él se siente bien: ha cumplido un destino más o menos cósmico, percibe la lucidez en el cerebro, y ella, mientras escucha, lo mira reinada todavía por el fervor hacia quien la ha subido muy alto. Se forma entre los dos una burbuja, con el calor, la humedad y los olores del encuentro en el aire, y sin electricidad en el ambiente. Entonces las palabras salen fácilmente de la boca, llegan a la mujer sin interferencia alguna, sin rebotes, equívocos, tropiezos, sin instinto homicida, como proyectiles sin espoleta. Kurt habla de cualquier cosa, con toda impunidad e inmunidad. Hoy le explica a la mujer su propia cartografía, la de ella, cómo se cruzan en su cuerpo todas las corrientes del universo, que se van decantando en dos grandes fuerzas, una de atracción y otra de repulsión (centrípetas y centrífugas) respecto del cono. En el punto neutro, en un equilibrio inestable, que en todo momento puede romperse, se acumulan los materiales, como en la franja en que hacen la paz el río y el mar, en una desembocadura. A esa escollera llamamos «mujer». Ella asiente y sonríe, con la astucia con que la hembra mira siempre al macho.

Allí estaba

Inopinadamente, desnudos los dos, en un momento de descanso, mientras el sudor va enfriándose sobre la piel, ella le pregunta por lo diabólico. Kurt siente entonces sobre sí la grave responsabilidad de saber de ello, como ocurre siempre que nos preguntan algo. El diablo, le dice Kurt, son los rastros del animal que hay en el hombre, y la pasión con que los seguimos. El diablo es rastrero —sapo, culebra, fauno— no porque se arrastre, sino porque deja rastro: olores, babas, deposiciones, huellas. La historia de la civilización es la de la eliminación del rastro: aseo, saneamiento, asfalto, perfumes. Allí donde mayor es el riesgo, en el cuarto de baño, todo es blanco para delatar el más leve rastro, igual que la banda de luz que rodea las cárceles. Hace mucho que el animal ruge dentro de nosotros como un preso melancólico. Mientras habla, Kurt tiene la sensación de hacerlo al dictado. Percibe en los ojos de la mujer una luz distinta a la de antes, luego ella se yergue, lo toma de la mano y lo conduce al baño, dejando una huella caliente en las baldosas del pasillo.

Nudo gordiano

Eres la persona adecuada para que no me sienta cómoda, le dice ella mientras se hunden en el placer. Kurt queda sorprendido. Pero es lo que busco, añade ella. Le cuenta luego que hasta ahora sus encuentros estaban rodeados de amor, o al menos de ternura. Un viejo asunto, cuando de niña fue llevada al sexo por hombres mayores, le lleva a buscar un bálsamo de afectos, y sólo en medio de él llega al placer. Ahora quiere dar otro paso, y busca el sexo en estado libre, puro, exento. Esa es la incomodidad que encuentra en Kurt, al que ve frío, distante, áspero, y a quien no ama. Sin embargo, tras larga brega, Kurt no logra llevarla al orgasmo. Lo ronda, pero hay un punto en que ella se retrae, lo impide. Prueba a someterla por la fuerza, pero tampoco. Después de varios encuentros, Kurt está confuso: no busca ya el placer, sino esa frontera en la que, al cruzarla, se desatarán en la mujer nudos muy antiguos, imágenes perdidas, energías embolsadas en capas profundas. Querría ser ella en tal momento, pero, si esto no es posible, al menos ser testigo.

La suma final

Kurt, para justificar su tendencia a la promiscuidad, distingue entre cada mujer y la mujer. Esta no es exactamente una idea, al estilo platónico, como un universal que se materializa en seres, sino la nube de polvo que se forma en la frontera en que chocan instinto y experiencia. Kurt siente a la mujer en sus genitales, como una volición, un tropismo, una ambición, y tiene también de ella una memoria compleja, hecha de fragmentos de muchas en el recuerdo, que forman una imagen de conjunto, polisémica y cambiante. Vocación y evocación van mudando su proporción con los años: cada vez hay más de la segunda. Así la imagen se hace nítida, y es más fácil para Kurt hallar su correspondencia con una mujer concreta. Si lo logra, esa mujer y la mujer serán una, y habrá alcanzado la fidelidad. Ella no sabe aún esto, y siente celos de las historias pasadas de Kurt, sin sospechar que esa abigarrada memoria se ha encarnado en ella, que es ahora ella. Y que cuando le cuenta aquellas historias, Kurt dibuja los perfiles de su rostro.

La cara oculta de la luna

A Kurt le excita rebuscar en la trastienda del amor cortés, romper con el relato literario que la mujer construye (o toma prestado del relato global), y por el que luego pretende transitar, como un libreto. Ella en cambio diluye el sexo en ese relato, como un principio activo en un excipiente, o un olor primario en las sustancias que lo eleven a perfume. Pretende que el sexo crezca en ella con el amor, o, al menos, con sus gestos, palabras, entregas y transportes. En última instancia, es la expresión de una idea moral: el sexo se justifica por el amor, pasa así de acto obsceno a acto sagrado, a sacramento. A Kurt este culto le aburre, pero, gracias a que lo hay, existe también la categoría de lo soez, lo lúbrico, lo procaz, lo obsceno, que es su transgresión, y al tiempo su siniestro trasdós, el soporte de todo sentimiento. Kurt husmea en esos fondos, los remueve, con posturas, palabras, prácticas, ironías, pero se pregunta si esto no será también un culto, otro culto.

Ocaso de la teología

Kurt gusta, con ella, de utilizar metáforas físicas. Anuncia a la mujer, por ejemplo, que aquella tarde quiere sacarle del cuerpo todos los orgasmos que lleva dentro (como si fueran piedras del riñón). Luego le dirá que su coño es el centro del universo, el gran agujero negro, en el que quiere enterrarse para llegar al fondo de las cosas. Ella le reprocha que sólo vea la parte más física de la relación, y no conceda valor a la pura dicha de estar juntos. Pero, conforme avanza el encuentro, el lenguaje de ella se va pudriendo, hasta hacerse vulgar y grosero cerca del final. Él, en cambio, siempre pronuncia esta palabra cuando llega a lo más alto: Dios. Kurt bromea luego, y le dice que, con verborrea tan soez, no puede aspirar a que el goce llegue a ella como un descenso del Espíritu Santo en forma de paloma, sino como Satanás, que la trepa bajo especie de sapo. Veo a los dos en ese momento, responde ella. Y veo que no son dos, añade tras un corto silencio.

Crisis

Kurt se pregunta acerca de la respuesta sexual de la mujer a la que ama. Antes ella trepaba varias veces a la cumbre del goce, y, ahora que la relación es más plena, hay largas estadías en las altas regiones del placer, pero sólo una vez llega a la cima. Tal vez ella presienta la paradoja, y, como Kurt, no se la explique. En una cápsula de clarividencia durante un encuentro, llega esta idea a Kurt: el sexo se ha dulcificado en ella por el amor, o, usando un código implícito suyo, se ha santificado. La ciénaga, el barrizal, la cuba de estiércol, son ahora una charca algo turbia con agua de primavera, que un día puede llegar a ser un lago alpino, de aguas transparentes y refulgente al sol. Pero ¿serán también gélidas esas aguas? Kurt se imagina junto a su amada, aprisionados los dos en bloques de hielo, puros y hermosos, eternos e incorruptos. Tiene un escalofrío, y se pone a buscar en sus sótanos algo sucio y vil para el próximo encuentro, algo bajo, propio de Pan, no de un enamorado.

Alien

Kurt la tiene ante sí, desnuda y descompuesta, con la cabeza hundida en las rodillas. Lamenta que el sexo no pueda ser para ella una mera función fisiológica, nada más que placentera, como el comer o el dormir. Kurt le explica que el sexo promiscuo no existe entre los animales, que en general no lo trivializan. Si nos salimos de su reino, tampoco la razón es excitante entre personas: el territorio humano del sexo discurre por una oscura e incierta frontera, la que separa nuestra superficie de sus fondos, un paisaje formado por mitos y fantasías, regresiones, delirios, e incluso el más humano y moderno de los mitos: el amor. Pero Kurt adivina de pronto que esto es lo que ella sabe bien, y de lo que huye: de un amor mítico aún latente, que no está a la vista, pero que se ha refugiado en un reducto de ella, el más secreto, a las puertas mismas del placer, y allí detiene en seco a los intrusos. Lo siento, le dice entonces, tu enfermedad es incurable. Sólo está a tu alcance cambiar un guardián por otro.

Esencia de lo efímero

Con parsimonia han ido llegando a una meseta firme, en la que el placer apenas requiere actividad para mantenerse alto, y es ya un cuerpo astral desligado de los asuntos de abajo. A Kurt y a la mujer se les han abierto todos los sentidos, y unidos por el sexo juegan con manos, boca, cuerpo, mientras el punto de engarce anuda la energía más intensa. Se huelen, se saben, se tocan, se miran, se escuchan, cada poro los comunica, ocupan una dimensión en que los electrones vibran más deprisa y la materia no es ya la misma. ¿Cómo definir las sensaciones? Umbral, inminencia, víspera, anuncio, frontera, amenaza, preludio. Pero Kurt y ella saben lo que hay al otro lado: una rápida caída en estado de ignición y el confort de las cenizas. Él y ella juegan a subir un centímetro más, sin caerse, luego el espacio de los juegos ya se mide en milímetros, y en un instante, antes de precipitarse a la otra orilla, cruzan una mirada de despedida.

Epitafio

Cuando apenas están en los primeros escarceos verbales, ella le pregunta: ¿Qué quieres de mí? Kurt se queda paralizado, no por la sorpresa, sino por la falta absoluta de respuesta en su programa. Se repite a sí mismo la pregunta. ¿Qué quiere de ella? ¿Acaso espera aún encontrar en algún cuerpo o alma el lugar en que volver a sepultarse, y recobrar la paz? ¿Ambiciona todavía, en cambio, un gran desasosiego, que rompa las paredes en las que se consume, y le saque del mundo? Cabalmente ya sabe que esas vías no existen, o están cegadas para él. ¿Es, entonces, el sexo al que pronto llegarán un gesto maquinal, una costumbre, un rito? ¿O es una fe de vida?, pero, en tal caso, ¿qué vida es la que necesita demostrarse? Los ojos de ella, grandes y claros, están aguardando su respuesta, instalados en un desconcierto que no es de este momento, sino su habitual residencia. Kurt dispone de cientos de respuestas posibles, pero, como a un viejo actor, le agota la ficción. Contesta lo único que sabe con certeza: Nada importante.

El juego eterno

En la relación con la mujer, Kurt va encontrando sucesivas restricciones, que se manifiestan de diversas formas. En ocasiones se trata de algo que ella no quiere, otras que ella hace mal, o no sabe, algunas que consiente pero no siente. De pronto ve su cuerpo, y cuanto hay bajo él, como una ruta llena de direcciones prohibidas, un gran espacio abierto en apariencia, pero con zonas baldías, o arenosas, o inhóspitas, o bloqueadas. Se lo hace ver, pues ella dice practicar la libertad sexual, y entonces ella le replica que para abrirse del todo al tránsito precisa de un tiempo de conocimiento. Kurt se maravilla de la astucia con que renace en una mujer de hoy la mujer de siempre. Para esta su cuerpo es un territorio de lenta ocupación, un castillo de fosos, murallas, patios interiores y estancias secretas que el invasor habrá de ir conquistando combate a combate, hasta llegar exhausto al último reducto, ya con costumbre de esa mujer, hecho a sus hechuras, rendido a ella.

Vidas separadas

Mientras lo mira con unos ojillos que el tiempo ha ido achicando, y en los que su rostro se hunde, la mujer pide a Kurt que se sincere. Han sido muchos años de miradas encontradas, por las que tal vez circuló un día algún calor. La mera costumbre de cruzarse va tendiendo cables, gestos en los ojos, actitudes, disimulos, pensamientos. ¿Llegaron alguna vez a la obscenidad? Kurt cree que no. Pero ahora, en nombre de un pasado que no ha existido, ella pide cuentas, explicación de lo que hubo o no hubo en él. La mira con atención. Se ha preparado sin duda para el encuentro, ha estudiado y discutido consigo misma cada detalle. Tal vez haya construido una sólida fantasía, o esta ocupe la hora gris de muchas tardes, y, cuando le habla, ella lo haga con la familiaridad de las viejas pasiones compartidas. Pero Kurt la ve consumida, no por el tiempo, sino por el tiempo perdido: no descubre en ella una sola herida, cicatriz o vestigio de haber tomado riesgos y sido derrotada. Ahora es ya muy tarde para la osadía.

Parte final de guerra

Kurt se siente atado a la mujer a la que ama por los nudos de los olores. Sabe de ella todo, de cada uno de sus rincones, y el tacto o la vista no es lo que cuenta. Pero cuanto más sabe más quiere saber, y fuera de su atmósfera, de la gama de pequeños aromas de su proximidad, siente que se ahoga: le falta el aire. Ha intentado romper esa dependencia tratando con otras mujeres, pero en vano. En ellas, junto a olores que le atraen, hay siempre alguno que le repele, o una ausencia de olor donde debía haberlo, que convierte en carne muerta aquel cuerpo y le hace apartarse de él. Husmea entonces en el pasado y olisquea el recuerdo que le queda de otras, buscando en ellas algo semejante, para no sentirse atado a un solo cuerpo, preso de él, cautivo. No lo logra. Al cabo de mucho tiempo ella ha acabado invadiendo todas sus terminales sensitivas. Kurt se siente ahora territorio ocupado, y necesita cada instante la presencia del invasor.

Lección bien aprendida

Desde una superioridad que ella de entrada ya le reconoce, y que Kurt se siente responsable de preservar, con la voz justa y segura, sin soltar el timón de la escena, le pregunta a la mujer si le gusta la penetración del culo. Ella disimula el desconcierto, y se muestra sólo recelosa, inquieta. Al poco están en el suelo, y Kurt rodea el clítoris con sus labios, pasea la lengua por el extremo, sujeta bien con las manos la cara interior de los muslos, en medio de jadeos. Luego levanta las piernas de ella, las pliega y somete, hunde la lengua en la vagina, y sitúa las manos en torno al ano. Cuando la penetra con el dedo, y lo hace girar por la mucosa interior, la mujer rompe las paredes del placer. Luego, hablando, le pregunta qué ha sentido. Como ella no acierta, la ayuda así: Has descubierto el tercer ojo, el placer ha brotado en dos polos, ha ido de uno al otro, hasta fundirse en uno solo, que permanece en lo alto, en equilibrio, indefinido, ecléctico, estático. Así no sale del cuerpo, es reabsorbido por él, se difunde, se queda, te impregna. Ahora ya puedes saber en qué consiste el sincretismo. Pero no hables de ello.

Función pública

¿Qué tiene la mujer que cruza ante Kurt para despertar su atención? La arquitectura es vulgar, viste rancio, no es bella, ni muy joven, y el aire que la mueve no denota impulso vital ni espíritu. Tal vez una funcionaria que sale del trabajo, cansada y oficinesca, mimetizada por archivadores, pantallas, expedientes, muebles de serie y clips. Pero el otoño se ha demorado, y bajo el jersey no lleva sujetador. Un instante antes de que su mirada se cruce con la de Kurt, ha hecho un gesto, tirando de la prenda hacia abajo, como para resaltar la curva algo caída de su pecho, y sentir el pezón. Kurt imagina las cavilaciones de la mujer antes de suprimir el sostén, la intención que la lleva a ello, sus miedos, las secretas pulsiones que percibe en quienes la rodean, y, sobre todo, el pequeño placer que estalla en sus pezones, y desde ellos llega hasta cada rincón del cuerpo, lubricando las paredes del más íntimo, cuando en su trabajo, entre expediente y archivo, tensa la vela del jersey.

La antimateria del orgasmo

La naturaleza de los celos es misteriosa. ¿O no lo es tanto? Sabemos con certeza que surgen siempre en la ausencia del ser al que se ama y se desea. En tal momento querríamos estar con él, unidos a su cuerpo, y en la desolación de que no ocurra se forma un espejismo, como un palacio en medio del desierto, al que vamos colocando torres, puertas, ventanas, cúpulas, defensas, detalles. ¿Amamos a la amada a través de quien en esa pérfida fantasía la posee?, ¿hay sólo sufrimiento en esas imágenes enervantes, o hay también gozo? Tras una descarga de celos, cuando otra vez sale el sol, queda atrás un fuerte gasto de energía, consumida en el ser amado. Si al final del orgasmo, doblando su última curva, decimos «Dios», podríamos nombrar al diablo cuando salimos de un ataque de celos. El ser amado está en el centro de la tormenta en los dos casos, poseído por nosotros o por un ser fantástico en el que delega su furor el ángel malo que llevamos dentro.

Hizo la pregunta con pudor

Viajando con la mujer, y sin soltar el volante, Kurt comienza a acariciar sus pechos. Ella se desabrocha la blusa, un poco más de lo preciso para el tacto, y los muestra. Es día soleado, con un bello paisaje, y la escena discurre en una larga recta. Se cruzan con un camión, y el conductor toca la bocina. Kurt lo lamenta, y se apresta a taparla, pero ella está exultante y no le deja. Siguen viajando, y ella se suelta el sostén, para que se vea caído debajo de sus pechos, bien al aire. Más cruces, más camiones, más bocinas, el sol brillando sobre la piel de la mujer, cada vez más erguida sobre el asiento, sabiéndose poseedora de un bien de universal aprecio. Luego pone las manos bajo los pechos, y los levanta. La mirada de la mujer está turbia, encendida, ida, posesa. Cuando Kurt pone la mano en sus muslos, ella se encarama en el asiento, de rodillas, y empieza a desabrocharse el pantalón. Kurt detiene el coche, respira hondo y hunde la cara entre las manos. Cuando al poco la alza otra vez, ella le está mirando, compungida y tierna, y mientras se abrocha despacio la blusa, le pregunta: ¿Qué te pasa, amor?

No hay que confundir las cosas

De pronto, en medio del encuentro, la mujer toma prestado un personaje de su fantasía, y a partir de él inicia con Kurt un diálogo. Ella es una prostituta y él un hombre muy de orden. Le explica que no hace con todo el mundo lo que hace con él. Va tanto más allá cuanto le guste la persona, aunque en general ella no disfruta: es sólo un trabajo. Kurt le pide detalles de alguna relación reciente. Ella le habla de una cita con tres hombres. ¿Lo hicieron uno tras otro o al mismo tiempo?, pregunta Kurt. A la vez, responde. Uno por delante, otro por detrás y otro en la boca. ¿Cómo te sentías? Llena. ¿Llegaron al orgasmo a la vez? No, dice, y se ríe. Un rato después, tras haber gozado, Kurt y su amada conversan encima de la cama. Ella le habla de su última masturbación, estando él ausente. Kurt, a la vista de la fantasía de antes, le pregunta en quién, o quiénes, estaba pensando al hacerlo. En ti, sólo en ti, nunca pienso más que en ti, ¿cómo puedes imaginar otra cosa?, replica ella, sorprendida, ofendida, casi colérica, y desde luego muy sincera.

Coitus interruptus

Kurt habla con la mujer por teléfono, y ella va llevando la conversación hasta un terreno ardiente, soez, lascivo. Kurt la logra seguir a duras penas, trata de salirse del cauce, que no llevará a ningún sitio, sólo a la desolación final, pero es inútil: ella tiene bien cogido el hilo del sexo, y no lo suelta. Suena el timbre de la puerta al otro lado, ella suspira, cuelga y dice que lo llamará en seguida. No han pasado dos minutos y ya lo hace. ¿Quién era?, pregunta Kurt. Una vecina. ¿De qué has hablado con ella? Del autobús escolar; han cambiado la parada. Un silencio. Luego ella empieza a lamentarse, se siente triste. Creo que sólo me buscas por el sexo, clama al final. Kurt le recuerda que ha sido ella la que ha urdido la conversación anterior, pero todo es en vano. Ella de pronto se siente utilizada, humillada, animal, carne, objeto, agujero. Lo que sientes por mí no ha sido nunca amor, es otra cosa. La mujer llora. Kurt intenta los argumentos de siempre, llenos de razones, le hace ver todo su amor, sin encontrar respuesta, hasta que al fin comprende, y calla. ¿Por qué callas ahora?, pregunta ella. Kurt le dice: No debo interrumpir tu flagelación.

Historia de la filosofía

Kurt está solo, y lleno de recuerdos de ella (de las dos mujeres que ella reúne). Kurt escribe: «Todo empezó en Platón, al separar el amor y la mujer. Luego su discípulo ideó el hilomorfismo, y las religiones dividieron cuerpo y alma. La mujer fue siempre el objeto que estaba tras estas categorías. Puesta en la mesa de operaciones, y separada en dos, la mujer ha tenido que sujetar sus mitades, la pura y la rahez, para evitar romperse. La historia del amor occidental es la de un sentimiento cantado por quienes iban tras una idea pura, sin llegar a sentir con el cuerpo: Dante con Beatriz, Petrarca con Laura, Quijote con Dulcinea, Kierkegaard con Cordelia. Amor de eunucos. El otro amor fue siempre por debajo, reptando como serpiente, maldito, perseguido (pero perseguido en ella, en la mujer, no en el hombre). Cuando una mujer nace, la impregna esa herencia, la hace, la forma, la constituye. Toda esa historia está en ella, la parte en dos, la hiende, aún más de lo que su mismo cuerpo está. Es justo, pues, que ella arroje de sí la culpa que el hombre ha escondido en ella, la vierta sobre él, y le diga: Tú y tus dioses me habéis hecho sucia».

¿Vas con mujeres?...

Cuando concluye, Kurt la llama y dice: Tienes razón. ¿En qué?, ¿en que sólo me quieres para joder? Kurt calla. Ella llora, y cuelga. Kurt querría explicarle que tiene razón, no en que él la quiera para eso, sino en sentirlo así, y en culparle a él de haber infundido en ella ese sentimiento. Kurt ve ahora la historia como un solo plano, y en él se ve reflejado con su nombre, Kurt, y también con el de cuantos, teniendo el poder de hacerlo, han ido definiendo a la mujer. Pero ¿quién es él para estar fuera del relato? La llama otra vez y no le dice lo que querría, sino esto: Te deseo y quiero joder contigo, es verdad que eso es lo primero, pero también te amo. No sólo eres para mí un trozo de carne, aunque lo seas, y por cierto muy bello. Ella ahora calla. Luego regresa a la dulzura. ¿De verdad me amas, aunque sea sólo un poco?, le pregunta. El pobre Nietzsche, piensa Kurt, no sabía de mujeres. Escribió aquello de «¿Vas con mujeres?, no olvides el látigo», ignorante de que ellas lo tienen siempre a mano. Sólo hay que acercárselo.

El ser y la idea

A propósito del empeño que algunas mujeres ponen en fingirse putas durante un encuentro amoroso, Kurt llega a pensar que hay en ese modelo de conducta algo primario, una matriz originaria del concepto, un arquetipo, como si la idea de puta hubiera nacido en la mente de quienes no lo son, pensando acerca de las que lo son. Puta, zorra, golfa, son las balizas de un territorio que se abre en el centro mismo de la mujer cuando la pasión alcanza cierta temperatura, una geografía que se ensancha y sale fuera del cuerpo, desbordando las fronteras de su orden, desplegando todo un nuevo espacio moral. Las palabras citadas deben traducirse como una negación de límites —no hay nada que tenga prohibido— y al tiempo como una atribución patrimonial. —«Soy tuya, toda tuya, sólo tuya»—. En realidad, piensa Kurt, las putas de verdad no son así. Tienen límites muy estrictos en sus prácticas, y son siempre de otro. Pero para dar goce al cliente deben tratar de parecerse a la idea de puta, construida por las que no lo son, aunque las imitaciones nunca alcanzan la perfección.

El origen del Gobierno

Ella confiesa a Kurt que lo ha visto en sueños, identificado con su padre. Luego, ya despierta, ha pensado en el parecido entre ambos, aunque ni los rasgos ni la edad conduzcan a esa idea. Cuando Kurt inicia el inevitable sermón psicoanalítico ella le corta: Nunca en mi vida he padecido el complejo de Electra. Kurt le explica que los tabúes pasan factura a todo el mundo antes o después, y eso no acabará nunca, en tanto existan en el almacén. Luego hacen el amor gozosamente, y hablan de lo que él añade a otros hombres con los que ella trata. La palabra que emplea, para definir la actitud que hace superior a Kurt en la relación, es esta: decisión. ¿Imposición, quieres decir?, pregunta Kurt, pero ella se mantiene en su idea. ¿Cómo si estuviera muy seguro de lo que en cada momento quieres?, vuelve a preguntar. Ella se queda pensativa, y luego responde: Tal vez sucede, más bien, que quiero aquello de lo que estás seguro. Entonces Kurt la mira al fondo de los ojos, que brillan, y donde ve su propio cabello confundido con el pelo cano del padre, refulgente de autoridad.

Teoría de lo tierno

¿Aman las mujeres a los hombres tiernos? Sin duda, o al menos eso dicen siempre. Kurt se pregunta por la esencia de la ternura. ¿Una forma de amar no posesiva, llena de reciprocidades e intercambios, periférica al puro sexo, atenta a todos los meandros del alma femenina, remoloneando en sus orillas? Un día Kurt, en un encuentro con su amada, se queda sin fuerzas. Siente que la ama, y la desea, pero no hay vigor en su polla. Ella entonces sonrío, le besa con labios envolventes, y se va ocupando de su cuerpo, con caricias, búsquedas, rodeos, hasta que poco a poco lo lleva a la erección. Luego lo cabalga, y después de un largo jadeo alcanzan el orgasmo al mismo tiempo. Después Kurt advierte que ella se siente bien, plena, pletórica, hasta que le dice: Has estado maravilloso, lleno de ternura, te amo. Entonces un fogonazo salta en el cerebro de Kurt, y la palabra ternura se desdobra en dos ideas: la ternura en él y la ternura en la polla nacida. ¿Serán la misma cosa?, ¿descubre la mujer la ternura masculina cuando ella se siente sujeto activo de la resurrección de la carne del hombre? Kurt se resiste a una teoría tan llena de riesgos, pero cuando dos ideas coinciden en la misma palabra jamás es porque sí.

Principio del recato

Ella le ha regalado a Kurt un pequeño cirio. Dice que es para, cuando quiera, encenderlo y abrir un camino hacia la persona que desea. ¿Tendré que mirar a la llama?, pregunta Kurt. No hace falta. ¿Tal vez enredar la vista en el humo? Tampoco, basta con que pienses en la persona mientras, a tu lado, se va consumiendo la cera. Al rato Kurt la besa y una tormenta se desata en ella: penetra de inmediato en su boca con la lengua, se sube a él, lo derriba, lo desnuda, es un cuerpo enfurecido por el deseo. Kurt no sabe qué hacer. Querría, ahora, ir buscando lentamente los caminos que, a lo largo y ancho del cuerpo de la mujer, vayan llevándola a la cumbre del placer, con la parsimonia y majestad de una cima ganada paso a paso, desatando uno a uno los nudos, juntando pequeños demonios de todos sus rincones, hasta hacerlos legión. Pero el huracán lo ha derribado, y, puestas así las cosas, ¿qué le queda sino fingirse también él tempestad? Lo hace con pundonor, quedan ambos cumplidos, y Kurt piensa luego, cuando llega el remanso, si tanto gusto de la mujer por los ritos, las ceremonias, los aniversarios, los juegos blancos, no serán sino el sutil decorado, el tejido de encaje, flores, tules, para ocultar un huésped del que se avergüenza. Y

así nace en ella el pudor.